

GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS



OFICINAS

PASEO DE RECOLETOS, NUM. 10, PISO PRIMERO

MADRID

LOS AMANTES DE TERUEL

LOS
AMANTES DE TERUEL

DRAMA EN CINCO ACTOS

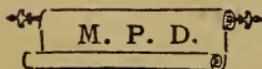
EN PROSA Y VERSO

DE

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH



TERCERA EDICION



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA

Calle de la Cava-alta, núm. 5

1879

PERSONAS

Don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla.

Doña Isabel de Segura.

Doña Margarita.

Don Rodrigo de Azagra.

Don Pedro de Segura.

Don Martín Garcés de Marsilla.

Zullma.

Mari-Gomez.

Adel.

Zeangir.

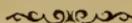
Tres bandidos.

Soldados moros, damas, caballeros, criados, bandidos,
un verdugo y un barquero

*El primer acto pasa en Valencia y los demás en Teruel.
Año de 1217.*

Esta composición pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscripción de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

ACTO PRIMERO



Dormitorio magníficamente adornado á usanza morisca. A la derecha una cama del mismo gusto, inmediata al proscenio; á la izquierda un bufete de dos cuerpos con entalladuras arabescas, y más arriba una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo, y una pequeña á cada lado.

ESCENA PRIMERA

ZULIMA, ADEL y MARSILLA, adormecido en la cama

ZULIMA. Tú eres el único depositario de este secreto.

ADEL. Sultana, recias son las llaves de los calabozos, y en veinte años no se me han hecho pesadas; ligera es esta del harem que hoy me das, y ya me descoyunta la mano.

ZULIMA. ¿Y por qué? ¿No es llave tambien de una cárcel?

ADEL. En la cárcel donde se gime, puede el carcelero recibir mil huéspedes sin peligro; pero en la cárcel donde se goza, si da entrada á más de uno, ya puede despedirse de su cabeza.

ZULIMA. ¿Rehusas ahora servirme?

ADEL. Señora, ya sabes tú que no puedo rehusarlo. El ínclito Emir Zeit Abenzeit, que Alá prospere, dijo á sus siervos al partir de Valencia: obedeced á nuestra esposa Zulima como á mí mismo mientras yo me detenga en Murcia.

ZULIMA. Debes, pues, obedecerme.

ADEL. Así lo he hecho, y así lo haré. Pero tornará á Valencia el Emir; y si amanece un dia aciago en que las piedras hablen, me dirá el querido del profeta: ¿Por qué has introducido en nuestro

- real harem á un perro cautivo? Yo podré responderle que así lo mandó la sultana Zulima; pero tal excusa no librará al introductor de ser azotado, desorejado y acañavereado ó quemado vivo. Yo quisiera evitar esto, salvo tu parecer.
- ZULIMA. ¡Maldígate Alá, vaticinador de desastres! ¿La llama del suplicio nombras delante de quien arde en la del amor?
- ADEL. Como una puede conducir á otra...
- ZULIMA. ¿Juzgas que he descuidado nuestra seguridad? Ausente el rey, nadie penetra en estas habitaciones. Ramiro se hallará aquí tan aislado, tan ignorado, como cuando yacia bajo tu custodia en la mazmorra más profunda de la alcazaba. Además, tú propio me digiste que si permanecía allí dos días iba á espirar.
- ADEL. Verdad te dije; pero harto mejor hubiera sido callar hasta pasado mañana.
- ZULIMA. Tú entonces le hubieras acompañado en la tumba.
- ADEL. Peligros por un lado, perdicion por otro. Está visto que mi suerte se halla enlazada con la de ese buen idólatra: cúmplase lo que está escrito.—Tarda mucho en volver en su acuerdo.
- ZULIMA. Tarda demasiado. ¿Si te excederías en la dosis del narcótico?
- ADEL. No sabemos á qué hora lo tomaría. Yo le descolgué anoche la vasija, pero no le envié gana de beber al mismo tiempo. Y como le tiene tan debilitado la enfermedad... Por la torre de la Caaba, señora, que el objeto de tus bondades más bien debe inspirar lástima que amor.
- ZULIMA. Lástima fué la que me condujo á amarle. Veía-le yo en el jardín del serrallo cargado de pesados hierros, tal vez insuficientes á sujetar sus brazos indómitos; al pasar delante de mis celosías, notaba yo la palidez de su noble rostro; oía sus suspiros, las palabras incoherentes,

únicas con que interrumpia su tético y porfiado silencio. ¿Por qué suspiras? solia yo decirle detrás de los cortinajes de las ventanas. Soy esclavo, me respondió siempre.

ADEL. ¡Cuánto aman los cristianos á su patria!

ZULIMA. Veneno brotan todas tus expresiones, Adel. Pero te engañas, vaso de malicia, te engañas en tus mezquinas sospechas. Ramiro no suspira por una querida; Ramiro no ha tenido amores en su patria; aquel pecho altivo no es capaz de rendirse á un amor ordinario, un amor de cristiana; sólo un amor de Africa, ardiente como su sol, que hace carbon el cutis, pudiera inflamarle. Ramiro es un caballero de ilustre cuna; bien lo prueba la joya que ocultaba en el seno. Criado en la opulencia, habituado al poder, ¿no ha debido hallar la servidumbre cruelísima, insoportable? Por eso ha hecho tantas tentativas para evitarla. Segura estoy de que cuando me lean ese lienzo que le hemos hallado, escrito en español con su sangre, ó cuando consienta en declarar su cuna, oiremos uno de los apellidos más ilustres de España. ¿No murieron de pesadumbre algunos de los caballeros que aprisionó Yacob en la batalla de Alarcos? ¿No los mató su orgullo? ¿Por qué no ha de ser Ramiro orgulloso como ellos? ¿Por qué más bien ha de ser amante? ¡Desdichado él entonces! ¡Desdichada yo! Si tanta afliccion, tantos esfuerzos por alcanzar la libertad, tanta indiferencia conmigo, tuvieran su origen en el amor, ¿qué amor igualaria al suyo? Ramiro, despierta para calmar mi recelo; dime si quieres que no me amarás nunca, pero júrame que nunca has amado.

ADEL. Yo desearia precisamente lo contrario.

ZULIMA. Tú no le conoces; si llegó á amar una vez, aquel amor llenará toda su vida. (Abre y registra el cuerpo superior del bufete.)

- ADEL. A todo esto, él guarda un silencio que puede significar cualquier cosa.
- ZULIMA. Creía tener aquí un espíritu que le hiciera volver. Voy á buscarlo. (Váse.)

ESCENA II

ADEL

- ADEL. La princesa cuidará ahora mucho del cautivo; el cautivo conocerá que debe la vida á la princesa; aunque no sea más que por agradecimiento, se rendirá á sus halagos; todos los placeres serán para ellos, y el dia del castigo habremos de repartir á tanto por cabeza. Duro es ir por gusto ajeno al precipicio con los ojos abiertos. ¡Pero qué viviente de tan débil instinto es la mujer! ¡Esta Zulima, que obcecada con el título de reina, ni aun sospecha que haya quien espíe invisible sus pasos, quien interprete sus palabras, y hasta los gestos de su semblante! ¿Si el Emir, por gracia especial, habrá dejado sin ejercicio á sus confidentes africanos? (Abrese la puerta pequeña de la izquierda, y aparece Zeangir.) Ya veo que no.

ESCENA III

ZEANGIR y ADEL

- ZEANG. Os he escuchado.
- ADEL. Nos habrás oído.
- ZEANG. Todo.
- ADEL. ¿Y podrás responderme?...
- ZEANG. A nada. (Dirígese al bufete, y lo examina como quien busca alguna cosa y no la halla; llégase á la cama, toma con viveza un lienzo que hay sobre ella escrito con sangre, y lo lee para sí con admiracion.) ¡Qué es lo que descubro! (Aparte.)
- ADEL. (Aparte.) Hoguera tendremos. (A Zeangir.) Díme á

lo menos qué ha escrito ahí ese infiel. Deseo saber qué noticias da el cautivo de su persona. Hay quien le cree un príncipe, y yo le tengo por un jayan. El rompía las más fuertes cadenas, él escalaba las paredes del baño, y jamás trató de rescatarse mediante una buena suma. De aquí infero yo que es más rico en fuerzas que en oro. El contenido de ese lienzo no exigirá tanto secreto... y en todo caso, carcelero soy; he visto espirar á muchos por habladores, y estoy harto persuadido de la utilidad de ser mudo.

ZEANG. Esa es tu obligacion, ser mudo; sobre todo con Zulima. (Deja sobre la cama el lienzo, y se encamina á la puerta por donde salió.)

ADEL. ¿Y estoy relevado del encargo de obedecerla?

ZEANG. Mañana ya habrá cesado ese deber.

ADEL. ¿Y hoy?

ZEANG. Puedes servirla. Olvida que me has visto... cuida mucho de la vida de ese cristiano. (Váse.)

ADEL. ¡Que cuide de él! No dijera más Zulima. Que me empalen si entiendo algo. Por fortuna, para obedecer no es necesario penetrar; cúmplase lo que está escrito.

ESCENA IV

ZULIMA y ADEL

ZULIMA. Encarga que busquen entre los cautivos del baño algun alfaquí nazareno que nos sepa descifrar eso. (Señalando el lienzo.)

ADEL. Venga, y lo llevaré.

ZULIMA. Podrá echarlo de menos Ramiro. A la noche, durante su sueño, se leerá sin que él lo note. Marcha.

ADEL. De aquí á la noche puede darte Ramiro cuantas noticias solicites. (Aparte.) Pretexto para echarme fuera. (Váse.)

ESCENA V

ZULIMA y MARSILLA

- ZULIMA. Su pecho empieza á latir.
Ya es tiempo; así que perciba...
(Aplicale un pomito á la nariz.)
- MARS. ¡Ay!
- ZULIMA. Volvió.
- MARS. (Incorporándose.) ¡Qué luz tan viva!
No la puedo resistir.
- ZULIMA. (Corriendo las cortinas de la ventana.)
De aquella horrible mansion,
el triste á las sombras hecho...
- MARS. No es esto piedra; es un lecho.
¿Qué ha sido de mi prision?
Señora... (Reparando en Zulima.)
- ZULIMA. Por orden mia,
en medio de tu letargo
te trajeron, y á mi cargo
estás aquí.
- MARS. ¡Todavía
esclavo!
- ZULIMA. Cese tu afan.
Serás libre.
- MARS. ¿Dónde estoy?
¿Quién eres?
- ZULIMA. ¿Quién? Hija soy...
del alcaide...
- MARS. ¡De Mervan!
(Dirige una ojeada rápida alrededor de sí, ve sobre la
cama el lienzo ensangrentado y lo esconde.)
- ZULIMA. Sí; pero aunque soy mujer,
mi voz el valor disfruta
de ley... y nada ejecuta
Mervan sin mi parecer.
Ausente el rey de Valencia,
de este alcázar la señora

soy yo; es Zoraida.

MARS. (Aparte.) ¡Traidora!
¿Si han leído?... ¡Qué imprudencia!
Yo sus secretos contemplo, (A Zulima.)
que Mervan fía de tí.

ZULIMA. No los tiene para mí.
Tú debes seguir su ejemplo.

MARS. Es cómplice. (Aparte.)

ZULIMA. La inquietud
deja, tu mal cede ya;
pronto te arrebolará
el carmin de la salud.

MARS. Mi dolencia necesita
un remedio...

ZULIMA. Dílo. ¿Cuál?

MARS. Beber el aura natal.

ZULIMA. No habrá medio que se omita,
con tal que á tu dicha cuadre.
La libertad; un tesoro
te ofrezco...

MARS. Me basta el oro
que me ha quitado tu padre.
Robóme hacienda y ventura
cuando apresó mi navío.

ZULIMA. Yo satisfacerte fío
la pérdida con usura.

MARS. ¿Vienes, mujer celestial,
á dar á mis males fin?

¿Eres algun serafin
en figura de mortal?
Si cabe que satisfaga
tan inestimables bienes...

ZULIMA. Mujer soy; la prueba tienes
en que reclamo una paga.

MARS. Sí, mi eterna gratitud...

ZULIMA. Quiero más.

MARS. Nada poseo...

ZULIMA. (Reparando en una joya que tiene Marsilla al cuello,
pendiente de un cordon.)

- ¿Ese talisman que veo,
no tiene alguna virtud?
- MARS. La tiene... para un cristiano.
- ZULIMA. ¿Y á mí me podrá dañar?
Déjame lo examinar,
si acaso no lo profano.
- MARS. (Dando la joya á Zulima.)
Toma, Zoraida; te entrego
mi único bien, pues al cabo,
siendo como soy esclavo,
mal haré si te lo niego.
- ZULIMA. Y mal haré yo tambien
si te creo agradecido,
porque mucho te ha dolido
perder tan pequeño bien.
- MARS. Por tí vertiera contento
mi sangre; mi alma te cede
toda la parte que puede
dar el agradecimiento;
¡y ojalá parte mayor
te pudiera conceder!
- ZULIMA. Eso es mucho agradecer.
¿Quisieras tenerme amor?
Tú pensaste, á lo que entiendo,
que yo aficion te tenia.
Menos vano te creia,
mas no por eso me ofendo.
- MARS. Yo en tí no miro una dama,
miro una divinidad
que halla su felicidad
en los dones que derrama;
y aquella retribucion
que indicaste...
- ZULIMA. Es bien ligera:
la noticia verdadera
de tu nombre y condicion.
Los cautivos encubrís
cosas que quiero me fíes.
¿No son tus deudos Valies

ó Jeques en tu país?
Decláralo, que no soy
codiciosa de rescates,
ni eso añadirá quilates
al valor que yo te doy.

MARS. Siempre fué avara y cruel
la fortuna con mi casa.

ZULIMA. ¡Ella de haber tan escasa,
y tú dueño de un bajel
de oro cargado!...

MARS. ¡Ah señora!
Si me hubiera la fortuna
mecido en dorada cuna,
no fuera tu esclavo ahora.
Mi apacible natural
no se hubiera hecho violencia
para buscar la opulencia
en la carrera marcial.

ZULIMA. En cada voz tuya miro
doble misterio encubierto;
declárate más. ¿No es cierto
que no es tu nombre Ramiro?

MARS. Mi nombre es Diego Marsilla,
y cuna Teruel me dió,
ciudad que ayer se fundó
del Turia en la fresca orilla,
cuyos muros entre horrores
de guerra atroz levantados,
fueron con sangre amasados
de sus fuertes pobladores.—
Al darme el humano sér,
quiso sin duda el Señor,
destinar al fino amor
un hombre y una mujer,
y para hacer la igualdad
de sus afectos cumplida,
les dió un alma en dos partida,
y dijo: Vivid y amad.
A esta voz generadora

Isabel y yo existimos,
 y la luz primera vimos
 en un día y una hora.
 Desde los años más tiernos
 fuimos rendidos amantes;
 desde que nos vimos; antes
 nos amábamos de vernos;
 y parecía un querer
 tan firme en almas de niño,
 recuerdo de otro cariño
 tenido antes de nacer.
 Ciegos ambos para el mundo,
 que tampoco nos veía,
 nuestra existencia corria
 en sosiego tan profundo,
 en tanta felicidad,
 que mi limitada idea
 mayor no alcanza que sea
 la gloria en la eternidad.
 Mas dicha de amor no dura.

ZULIMA. No en verdad: sigue; te escucho.

Me has interesado mucho.

MARS. Pasó el tiempo de dulzura,
 llegó el de pena mortal,
 supe que eran celos...

ZULIMA. ¡Oh!

¡Pena atroz! ¡Bien lo sé yo!

MARS. Tuve un rival...

ZULIMA. ¡Un rival!

MARS. Opulento...

ZULIMA. ¿Eso más?

MARS. Hizo

alarde de su riqueza...

ZULIMA. ¿Y sedujo á tu belleza?

MARS. Poco del oro el hechizo
 puede en quien de veras ama;
 mas su padre, deslumbrado...

ZULIMA. Dejó tu amor desairado
 y dió á tu rival la dama.

- MARS. Le ví; mi pasion habló,
su fuerza exhalando toda,
y suspendida la boda,
un plazo se me otorgó.
- ZULIMA. ¿Cómo?
- MARS. Si me enriquecia
en seis años...
- ZULIMA. ¿Han cumplido?
- MARS. Ya ves que no he fallecido.
- ZULIMA. ¿Terminan?...
- MARS. Al sexto dia.
- ZULIMA. ¡Tan pronto!
- MARS. Oro me faltaba;
vuestro Miramamolin
todo el cristiano confin
entonces amenazaba.
No podia consagrar
mi brazo á causa mejor,
y animaba mi valor
la esperanza de medrar.—
Con licencia de mi hermosa
seguí á Castilla á mi rey,
y combatí por mi ley
en las Navas de Tolosa.
- ZULIMA. ¡Lugar maldito del cielo
donde la negra fortuna
postró de la media luna
la pujanza por el suelo!
- MARS. La destreza que tenia
en el bélico ejercicio,
bien que al matar por oficio
repugnase al alma mia,
distinguió allí mi persona,
y rico botin me dió;
mas ¡ay! todo pereció
en la orilla del Garona.
Sobre el cadáver caí
del rey, peleando fiel,
en la rota de Maurel;

preso me hicieron; huí,
 llegué á la Siria; un francés
 albigense refugiado,
 á quien habia salvado
 la vida junto á Beziés,
 los restos de su opulencia
 me legó al morir; á España
 tornaba... mi suerte extraña
 siervo me trajo á Valencia.
 Tal vez mi mano quebró,
 de mis cadenas el hierro...
 En vano, que en un encierro
 vivo se me sepultó.

Postrado al fin y vencido
 en lucha desigual
 que contra el genio del mal
 tanto tiempo he sostenido,
 tú mis sueños apacibles
 vienes á resucitar,
 tal vez para despertar
 á realidades terribles.

ZULIMA.

No de males adivino
 quieras en tu daño ser;
 te va la suerte á poner
 en la mano tu destino.
 Ya que de tus aventuras
 me has referido la historia,
 toma bien en la memoria
 mis amantes desventuras.—
 Un cautivo aragonés
 vino al jardin del serrallo;
 sus prendas y nombre callo,
 no quiero ser descortés.
 Le ví, le amé; no con leve,
 con devorante pasion;
 brasa es nuestro corazon,
 el de las cristianas nieve.
 Debió á tentativas locas
 de fuga, mortal sentencia;

mi amorosa diligencia
libróle veces no pocas.
Sálvole por fin del trato
del rígido carcelero;
declárole que le quiero...
¿Qué piensas que hizo el ingrato?

MARS.

¿Su creencia te alegó...?

ZULIMA.

Sí, pero en mi desvarío
le dije: tu Dios es mio,
mi Dios en tí veré yo.

MARS.

Si antes alguna española
mereció su tierna fe...

ZULIMA.

Quiere á tu dama, exclamé,
no exijo que me ames sola;
pero que al menos te deba
piedad mi amor. ¿No dispuso
entre vosotros el uso
tener esposa y manceba?
De este título afrentoso
veras qué ufana me precio;
¿qué importa injusto desprecio,
si es el corazon dichoso?
Por orgullo solamente
prendarte de mí debieras.
Díme: ¿no te envanecieras
de ver de tu voz pendiente
una mujer, una esclava,
que, con razon ó sin ella,
del amor la rosa bella
la lisonja apellidaba?
¿Qué puede más opulento
hacerte que lo es aquí
del reino el primer Valí?
¿Que para dar más aumento
de tu esposa á la hermosura,
desde el cabello á la planta
la cubra de joya tanta
de tan superior finura,
que cuando en bizarra lidia

entre reinas se presente,
 se pinten en cada frente
 la admiracion y la envidia?
 Diamantes tengo, y no son
 quizá los de más valía,
 que pagarme no podria
 el tesoro de Aragon.
 Méditalo bien, y sabe
 que frenético mi amor,
 será el frenesí mayor
 de mi venganza, si cabe.

MARS.

¡Infeliz!

ZULIMA.

Menos te pido;
 díle á mi cariño ciego:
 «espera», y márame luego.—
 ¿Qué hubieras tú respondido?

MARS.

Que mereces compasion.
 Mas cuando ya en la niñez
 nacida, creció á la vez
 con el cuerpo la pasion;
 cuando es para la existencia
 tan necesario elemento
 como el sol y como el viento;
 cuando resiste á la ausencia,
 no puede amante ninguno
 hacer tan atroz engaño,
 porque de terrible daño
 temor le acosa importuno.
 Témesese que tal falacia
 vengue el objeto querido
 con su cólera, ó su olvido,
 que es la postrera desgracia.
 Burlando que le dijera
 Isabel á otro: «Te quiero»,
 la matara con mi acero...
 ¡Oh! No; yo sí que muriera.
 Para mi felicidad
 Dios un camino trazó,
 donde años ha me paró

la cruel adversidad.
Si me envía un salvador,
derecho habrá de guiarme,
y al que quiera extraviarme,
diré: «Aparta, tentador».

ZULIMA. Pues á tu Dios nada más
luego en tu miseria clama;
despídete de tu dama,
porque nunca la verás.
¡Oh rabia! Alá me destruya
si tolero mi baldon.
¡Tan infeliz situacion,
y tal soberbia la suya!
¡Pone mi aficion sumisa,
pone á un mísero cristiano
un corazon en la mano,
y lo arroja, y me le pisa!
¿Sabes hasta dónde alcanza
mi cólera y mi poder?
Pronto ha de hacértelo ver
con estragos mi venganza.
Me deberia escupir
en la faz, si no me vengo,
la última sierva que tengo.
¡Cristiano, vas á morir!
Impune jamás humilla
ninguno mi pecho altivo.
Esto le dije al cautivo;
esto le digo á Marsilla.

MARS. ¿Y piensas que le amedrente
morir? ¿Acabar sus males?

ZULIMA. Pues entre angustias mortales
padecerás largamente;
volverás á tus cadenas
y á tu negro calabozo,
y allí yo, con alborozo
que más encone tus penas,
la nueva te llevaré
de ser Isabel esposa.

- MARS. Y en prision tan horrorosa,
¿cuántos dias viviré?
- ZULIMA. ¡Rayo del cielo! El traidor
todo mi poder derrumba;
defendido con la tumba,
se rie de mi furor.
Trocarás la risa en llanto.
Cautiva desde Teruel
me han de traer á Isabel...
- MARS. ¿Quién eres tú para tanto?
- ZULIMA. Tiembla de mí.
- MARS. Furia vaná.
- ZULIMA. No es Zoraida la que ves,
no es hija de Mervan, es
Zulima.
- MARS. ¡Tú la sultana!
- ZULIMA. La reina.
- MARS. (Dándole el lienzo ensangrentado.)
Toma, con eso
correspondo á tu aficion;
entrega sin dilacion
á hombre leal y de seso
el escrito que te doy.
Sálvete su diligencia.
- ZULIMA. ¡Cómo! ¿Qué riesgo?...
- MARS. A Valencia
llega tu esposo...
- ZULIMA. ¿Cuándo?
- MARS. Hoy;
y esta noche, tú, y él, y otros
de la traicion al puñal
pereceis.
- ZULIMA. ¿Qué desleal
conspira contra nosotros?
- MARS. Mervan, tu padre supuesto.
Si tu colera no estalla,
mi labio el secreto calla
y el fin os llega funesto.
- ZULIMA. ¿Cómo tal conjuracion

á tí?...

MARS.

Delirante ayer,
la puerta pude romper
de mi encierro; la prision
recorro, oigo hablar, atiendo...
Junta de alevos impía
era, y Mervan presidia.
Pérfido aviso creyendo,
tu esposo hoy á la ciudad
venir debiera. Salvarle
resuelvo para obligarle
á ponerme en libertad,
y con roja tinta humana
y un pincel de mi cabello,
la trama en un lienzo sello,
y el modo de hacerla vana.
Poner al siguiente dia
pensaba el útil aviso
en la cesta que el preciso
sustento me conducia.
Vencióme tenaz modorra,
más fuerte que mi cuidado;
desperté maravillado
fuera ya de la mazmorra.
Como admitas mi consejo,
sin sangre te salvaré;
de premio no te hablaré;
á tu justicia lo dejo.
Llama á un Visir sin tardanza,
y oiga el plan que concebí,
y tú recibe de mí
esta leccion de venganza.

ESCENA VI

ADEL y DICHOS

ADEL.

Señora, en Valencia está
el rey.

- ZULIMA. ¡Destino feroz!
- MARS. Mira si mintió mi voz.
- ADEL. En la alcazaba hace ya
tiempo que entró con sigilo.
Si viene, si ve al esclavo...
- ZULIMA. ¡Llegó mi mal á su cabo!
- ADEL. Tu vida pende de un hilo;
dispon...
- MARS. Basta el apartarme
de aquí. Fía de mi labio;
yo sé olvidar un agravio.
- ZULIMA. Te admiro. (Aparte.) Puedo salvarme.
Condúcele por aquí. (A Adel.)
(Abre Zulima una puerta disimulada en el muro detrás
de la cama.)
Fuera del harem un lecho
le darás.
- ADEL. Pronto. (A Marsilla.)
(Marsilla sale de la cama, y apoyado en Adel, se entra
por la puerta secreta.)
- MARS. (Al entrarse.) En mi pecho
no hay odio.
- ZULINA. (Sola.) En el mio sí.
¡Va á ser feliz con su amada,
y yo á expiar mi delito!
¡No!
(Abre el cuerpo superior del bufete, y toma de allí un
frasquito prolongado, cuyo tapon es un mango como
de puñal, y tiene por hoja una aguja ó punzon
delgado.)
Con un golpe lo evito
de esta aguja emponzoñada.
El hierro es sutil; violencia
tiene el veneno terrible;
será la herida invisible.
Que espiró de su dolencia,
á pesar de mis desvelos,
diré. Calle la piedad;
sangre mi seguridad,

sangre me piden mis celos.
(Váse por la puerta que abrió.)

ESCENA VII

ZEANGIR, SOLDADOS MOROS, un VERDUGO y un BARQUERO
salen por la puerta de la izquierda

ZEANG. Esa pērfida belleza (A los soldados.)
conducid á una prision.
Corta á Mervan la cabeza, (Al verdago.)
y cuélgala de un balcon.
Tú esta noche has de llevar (Al barquero.)
un féretro á sumergir,
y aunque en él oigas gemir,
lo arrojarás á la mar.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO



Sala en casa de Don Pedro de Segura

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO y MARI-GOMEZ

MARI. Señor, señor.

PEDRO. ¿Qué ocurre, Mari-Gomez?

MARI. Que ya vienen á visitaros.

PEDRO. Pronto por Dios. ¡Apenas he abrazado á mi hija y á mi mujer, y ya me acosan visitas! Pues hoy perdonen, que quiero descansar en el seno de mi familia. Dí á quien sea que mañana recibiré la bienvenida de todo Teruel.

MARI. ¡Y cómo que decís bien! Déjennos hoy en paz; *requiescant in pace*: mañana tendrán todo el día por suyo. *A solis ortu usque ad occasum*. Desde que dé el sol en el huerto, hasta que se vaya de la casa. Así decía el padre vicario del convento en que estuve de novicia. Cuanto y más que el que viene á veros es allá... don Martin de Marsilla.

PEDRO. ¡Marsilla! Eso es distinto. Que pase adelante. Jamás me escondo yo de un enemigo.

MARI. ¡Ay! Eso sí que no lo hubiera dicho el padre vicario. (Váase.)

ESCENA II

DON PEDRO

PEDRO. Querrá que nuestro desafío se verifique al momento. Tiene razon. El altercado fué al tiempo

que partimos don Rodrigo de Azagra y yo á Monzon, en servicio del jóven rey contra los infantes don Sancho y don Fernando; se difirió el duelo hasta mi regreso, y he vuelto ya. Pero don Martin ha estado enfermo, y creo que se hallaba aun convaleciente. ¡Oh! Si no está bien restablecido, no cruzará su espada con la mia; bastante ventaja tengo con la que me da la razon.

ESCENA III

DON MARTIN y DON PEDRO

MART. Don Pedro Segura, seais bien venido.

PEDRO. Noble don Martin Garcés de Marsilla, salud os deseo; tomad esta silla, que me habeis hallado desapercibido.
(Ciñese la espada, que estaba sobre una mesa.)
De vuestra dolencia nuevas he tenido.
¿Cómo estais?

MART. Del todo repuesto.

PEDRO. No sé...

MART. Domingo Celada...

PEDRO. ¡Fuerte hombre es á fe!

MART. Pues siempre á la barra le gano el partido.

PEDRO. Así os quiero yo. Conmigo venid; vamos á la orilla del Guadalaviar.

MART. Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.

PEDRO. Hablemos sentados. Ea, pues, decid. (Siéntanso.)

MART. Fué de nuestro duelo causa...

PEDRO. Permitid
que yo os la recuerde. Vuestro labio dijo
que por mi codicia llorábais un hijo.
De honor es la ofensa, precisa la lid.

MART. ¿Me juzgais cobarde?

PEDRO. Si creyera tal,
don Pedro Segura con vos no lidiara.

MART. Jamás al peligro he vuelto la cara.

PEDRO. Sí, nuestro combate puede ser igual.

- MART. Será por lo mismo...
- PEDRO. Sangriento, mortal.
Ha de perecer uno de los dos.
- MART. La muerte me toca, la venganza á vos.
Matadme; ya espero el golpe fatal.
(Arroja la espada y dobla una rodilla delante de don Pedro.)
La espada y la vida os rindo.
- PEDRO. ¡Qué haceis!
Mi acero no corta en quien se arrodilla.
- MART. Vuestro honor, la sangre pide de Marsilla;
tomadla.
- PEDRO. En el campo me la vendereis.
Vos el desafío provocado habeis.
- MART. Media un beneficio; caballero soy.
- PEDRO. ¡Vos de mí obligado! Sorprendido estoy.
- MART. Escuchadme, y luego vos decidireis.
Tres meses hará que en lecho de duelo
me postró la mano que todo lo guia;
del riesgo asustada la familia mia,
quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.
La ciencia ó la gracia que tiene del cielo,
cada dia admira toda la ciudad,
desde que ministra de la caridad,
á la muerte roba mil vidas su celo.
Contra vos airado, neguéme á atender
aviso que daba piadosa inquietud.
«No quiero, decia, cobrar la salud,
si á mano enemiga la voy á deber.»
Mi teson crecia con mi padecer;
la muerte se puso á mi cabecera...
Por fin, una noche... ¡Qué noche tan fiera!
Blasfemo el dolor hacía me ser;
pedia un cuchillo con furia tenaz;
reia el infierno de ver mi despecho...
En esto á mis puertas, y luego á mi lecho,
llegó un peregrino, cubierta la faz.
Angel parecia de salud y paz.
Me habla, me consuela; benigno licor
á mi labio pone; me alivia el dolor,

y parte, y no quiere quitarse el disfraz.
 La noche que tuve su postrer visita,
 ya restablecido, sus pasos seguí.
 Cruzó varias calles, acercóse aquí,
 y entró en esa ruina de gótica ermita
 que á vuestros jardines términos limita.
 Quitóse ya el velo que inútil creyó;
 yo miré; la luna su rostro alumbró...
 Era vuestra esposa.

PEDRO. ¡Era Margarita!

MART. La misma. Pasmado, de mi bienhechora
 la heroica modestia allí respeté;
 no me eché á sus plantas ni entonces hablé,
 porque me propuse declararme ahora.
 Don Pedro Segura, marcada mi hora,
 vuestra esposa vino y el golpe paró;
 mirad, siendo noble, cómo puedo yo
 contra vos la espada sacar matadora.

PEDRO. ¡Qué de bien os debo! ¡El duelo excusar
 con vos, por motivo que es tan lisonjero!
 Si pronto me hallásteis como caballero,
 cuidado me daba el ir á lidiar.
 Con tal compañera, ¿quién no ha de temblar
 de perder la vida que lleva dichosa?
 Ella me será desde hoy más preciosa,
 si ya vuestro amigo querísme llamar.

MART. Amigos seremos. (Dánse las manos.)

PEDRO. Siempre.

MART. Siempre, sí.

PEDRO. Y decid... ¿qué nuevas teneis de don Diego?
 En hora menguada me sedujo el ruego
 de Azagra, y la triste palabra le dí.
 Si antes vuestro hijo se dirige á mí,
 ¡cuánto ambas familias se ahorran de llanto!
 No lo quiso Dios.

MART. Yo su nombre santo
 bendigo, mas lloro por lo que perdí.

PEDRO. ¿Pero qué?...

MART. Despues de la de Maurel,

donde cayó en manos del Conde Simon,
de nadie consigo señal ni razon,
por más que anhelante pregunto por él.
Cada dia al cielo con súplica fiel
pido que me diga qué punto en la tierra
vivo le sostiene ó muerto le encierra;
mundo y cielo guardan silencio cruel.

PEDRO. El plazo otorgado dura todavía.
Una hora, un instante, le basta al Eterno;
y holgárame mucho si fuera mi yerno
quien á mi Isabel tan fino queria.
Pero si no viene, y cúmplese el dia,
y llega la hora... ¿cómo?... Bien me pesa;
mas estoy sujeto con una promesa;
si fuera posible no la cumpliria.

MART. Diligencia escasa; fortuna severa
parece que en suerte á mi sangre cupo;
quien á la desgracia sujetar no supo,
muéstrese sufrido cuando ella le hiera.
Adios.

PEDRO. No han de veros de aquesa manera.
(Levanta la espada de don Martin, que aun permanece en
el suelo, y le da la suya propia.)
Vuestra espada admito; la mia tomad
en prenda segura de fiel amistad.

MART. Acepto; un monarca llevarla pudiera. (Váse.)

ESCENA IV

MARGARITA y DON PEDRO

MARG. Don Pedro, don Pedro, ¿qué os queria el padre
de Marsilla? ¿Ha venido ya á desafiaros?

PEDRO. No, sino á entregarme su espada. Esta es.

MARG. ¿Conque estais reconciliados?

PEDRO. Amigos.

MARG. Bendita sea la bondad de Dios.

PEDRO. ¿No sospechas á quién deberemos tan feliz mu-
danza?

- MARG. Al autor de todo bien.
- PEDRO. A él primero, despues á tí.
- MARG. ¡A mí!
- PEDRO. El doctor peregrino se descubrió en las ruinas antes de tiempo, y le vieron el rostro.
- MARG. ¿Me vió Marsilla? ¿Si creeria que fué un artificio...? Crea lo que quiera: nada importa si he librado de un peligro á mi esposo.
- PEDRO. Ven á mis brazos, mi bien, mi orgullo, mi ángel tutelar. Contigo, ¿qué necesito yo? Sólo que me ames, que me honres siempre como ahora. Si algun dia cesase este afecto puro y tranquilo que hoy hace mi felicidad, ocúltame tu indiferencia, fascíname, para excusarme que desee la muerte.
- MARG. ¡Oh! No, yo no soy digna de tanto amor; besar el polvo de tus plantas... (Se arrodilla.)
- PEDRO. ¿Qué haces? Levanta, que vienen.
(Margarita al alzarse besa la mano á su esposo.)

ESCENA V

DICHOS é ISABEL con un canastillo de ropa

- ISABEL. Un escudero de don Rodrigo de Azagra os quiere dar un recado de su amo.
- PEDRO. ¡Ah! Sí; deseará veros á hija y madre. Al cabo de un año de ausencia, es muy natural... No me ha hablado sino de tí (A Isabel.) desde que salimos de Monzon; á no haberle detenido sus amigos, aquí se hubiera apeado antes de llegar á su casa. Voy á responderle. (Váse.)

ESCENA VI

MARGARITA é ISABEL

- ISABEL. Señora madre, aquí está la ropa ya aderezada.

- MARG. Ponedla allí; la criada
el lecho acomodará.
(Isabel lleva el canastillo á la alcoba.)
- ISABEL. ¿Dáisme labor?
- MARG. Vuestro aliño
debe ocuparos; sabeis
la visita que tendreis.
- ISABEL. ¡Dios mio! (Aparte.)
- MARG. Bien el cariño
de don Rodrigo merece
de vos un honesto aseo.
- ISABEL. Obedeceré.
- MARG. Yo creo
que su vuelta os entristece.
- ISABEL. Ella la quietud escasa
me arrebató que tenia.
- MARG. Ya de lo justo, hija mia,
despego tan fuerte pasa.
Si quiere la Providencia
que seais de don Rodrigo...
- ISABEL. Muestre su piedad conmigo
venciendo mi resistencia.
- MARG. A vos sujetar os toca
del odio la injusta furia,
pues á un caballero injuria
que os hace merced no poca.
Noble sois á la verdad;
mas quien su amor os consagra
es don Rodrigo de Azagra,
que goza más calidad.
Jóven, galan, cortesano,
con valor y con riqueza,
¿qué desdeñosa belleza
le rehusará su mano?
Siempre el honor es su norte,
su ingenio todo lo abarca,
le quiere el jóven monarca,
le envidia toda la corte;
y habeis de ver cómo al fin,

del rey al potente arrimo,
se alza al poder de su primo
el señor de Albarracin.

ISABEL. Ese retrato es hermoso,
pero poco parecido.

MARG. Vuestro padre le ha creído
digno de ser vuestro esposo.
Prendarse de quien le cuadre
no es lícito á una doncella,
pues entonces atropella
los derechos de su padre.
A él le toca la eleccion
de esposo para su hija,
y á ella, á quien su padre elija,
darle mano y corazon.

Hoy dia, Isabel, así
se conciertan nuestras bodas;
así nos casan á todas,
y así me han casado á mí.

ISABEL. ¿Y podreis sin inquietud
sacrificarme á un abuso,
lazo pérfido que puso
el infierno á la virtud?
¿Qué ventaja viene á ser
casarme con don Rodrigo?
Lo que en hacienda consigo
se me desquita en placer.
¿Qué espero de una aficion
que de un capricho nacida,
por la vanidad nutrida,
maduró la obstinacion?
¿Imagináis que él me ama?
Pues abrigáis un error:
lo que él dice que es amor,
envidia, orgullo se llama.
A este hombre darne pensáis.

MARG. Yo no dispongo de vos.

ISABEL. Pero decidme, por Dios,
¿de parte de quién estais?

- ¿Aprobais mi boda ó no?
 MARG. ¿Qué vale mi parecer?
 Yo tengo que obedecer
 á quien manda más que yo.
- ISABEL. ¡Ah! Si hallan los males míos
 en vos consuelo...
- MARG. No más;
 no me recordeis jamás
 vuestros locos amoríos.
 Yo por delirios no abogo.
 Idos.
- ISABEL. En vano esperé. (Sollozando al retirarse.)
- MARG. ¡Qué! ¿Lloráis?
- ISABEL. Aun no me fué
 vedado este desahogo.
- MARG. Isabel, si no os escucho,
 no me acuseis de rigor;
 yo temo vuestro dolor,
 porque os compadezco mucho.
 No dió á mi cuerpo aspereza
 la túnica penitente;
 resuena en él fuertemente
 la voz de naturaleza.
 Al Señor con fé sencilla
 vuestro llanto consagrad.
 Infinita es su piedad.
 Aun puede volver Marsilla.
- ISABEL. ¡Ah! Vos le nombrais. (Arrebatada.)
- MARG. Me asombro
 de vos, Isabel; me espanto.
 ¿Debeis agitaros tanto
 sólo porque yo le nombro?
 Puede volver, es verdad;
 mas siendo cosa indecisa,
 conviene esperar sumisa
 la divina voluntad,
 y no con mano imprudente
 profundizar una llaga
 cuyo dolor, aunque halaga,

mata por fin al paciente.

ISABEL.

¡Símiles á quien delira!

MARG.

Delirais... porque quereis.

ISABEL.

¡Ah! ¡Qué injusticia me haceis!

¡Ojalá fuese mentira!

Bien, señora, se me alcanza

lo que exige la obediencia,

mi estado, mi conveniencia,

y, en fin, mi poca esperanza.

Muerto es mi adorado ya;

cuatro años ha que no escribe.

Mas ¿qué digo? Vive, vive,

¡pero cómo vivirá!

Quizá suspira en Sion,

al compás de las cadenas;

quizás gime en las arenas

de la líbica region.

Con aviso tan funesto

no habrá querido afligirme.

Yo trato de persuadirme,

y sin cesar pienso en esto.

Hasta llegué á pretender

olvidarle, imaginando

que infiel estaba gozando

caricias de otra mujer.

Hasta he juzgado posible

estimar á su rival,

ser á mi amor desleal,

y ser al suyo sensible.

Interesada la gloria

de Dios, que invoqué en mi ayuda,

no tuve siquiera duda

de conseguir la victoria.

Pero cuando más ufana

estaba de mi firmeza,

cansábase de grandeza

la debilidad humana,

y ante el recuerdo sencillo

de una mirada, un halago,

hundíase con estrago
de la virtud el castillo,
y en sus ruinas vencedor,
con risa maligna y fiera,
tremolaba su bandera
á mis ojos el amor.

Yo entonces al heroísmo
nombre daba de falsía,
rabioso llanto vertía,
y antes bajar al abismo
juraba en mi frenesí,
que unirme al hombre fatal
que lanzó el genio del mal
del infierno contra mí.

MARG. Por Dios, por Dios, Isabel,
moderad ese delirio;
vos no sabeis el martirio
que me haceis pasar con él.

ISABEL. ¡Qué! ¿Mi audacia os maravilla?
¿Pero estando ya tan lleno
el corazón de veneno,
no ha de salir á la orilla?
No á vos, á la piedra inerte
de esa muralla desnuda;
á esa bóveda que muda
oyó mi queja de muerte;
á este suelo donde mella
pudo hacer el llanto mio,
á no ser tan duro y frio
como alguno que lo huella,
á estos objetos invoco
para confiar mi afan,
que si alivio no me dan,
no me afligirán tampoco.

MARG. ¿Quién con ánimo sereno
la oyera? El dolor mitiga;
de una madre, de una amiga
ven al cariñoso seno.
Conóceme, y no te ahuyente

la faz severa que ves;
 ella una máscara es
 que el pesar puso á mi frente;
 pero tras ella te espera,
 para templar tu dolor,
 el tierno, indulgente amor
 de una madre verdadera.

ISABEL. ¡Madre mia! (Abrázanse.)

MARG. Mi ternura
 te oculté con harta pena;
 pero mi Dios me condena
 á nutrirme de amargura.
 Yo hubiera en tu amor filial
 gozado, y gozar no debo.

ISABEL. ¿Vos? ¡Ah!

MARG. Por mis culpas llevo
 el cilicio y el sayal.
 Con mi halago recelé
 dar á tu amor incentivo,
 y sólo por correctivo
 dureza te aparenté;
 mas oyéndote gemir
 cada noche desde el lecho,
 oyendo que en tu despecho
 me llegaste á maldecir,
 yo al Señor, de silencioso
 materno llanto hecha un mar,
 ofrecí mil veces dar
 mi vida por tu reposo.

ISABEL. ¡Cielos! ¡Qué revelacion
 tan grata! ¡Qué injusta he sido!
 ¡Que tanto me habeis querido!
 ¡Madre de mi corazon!
 Perdonadme... ¡Qué alborozo
 siento, aunque llorar me veis!
 Seis años ha, más de seis,
 que tanta dicha no gozo.
 Cuánto padezco mirad,
 pues ya como dicha cuento

que mis penas un momento
suspendan su intensidad.
Pero este rayo de vida
que me deslumbra fugaz,
¿será una madre capaz
de escondérmelo en seguida?
Madre, madre á quien adoro,
el labio os pongo en el pié;
mi aliento aquí exhalaré
si no cedéis á mi lloro. (Póstrase.)

MARG. Levanta, Isabel; enjuga
tus ojos; confía: sí,
cuanto dependa de mí...

ISABEL. Ya veis que en rápida fuga
el tiempo desaparece.
Si pasan tres dias, tres,
todo me sobra despues,
toda esperanza fallece.
Incapaz de consultar
mi padre con mis enojos,
pondrá á su fe por despojos
mi albedrío en el altar.
Vuestras palabras imprimen
en su alma la persuasion.
En mí toda reflexion
fuera desacato, crimen.
Sepa de vos que sin duda
peligro corre mi honor,
si contra un perseguidor
su defensa no me escuda.
Que algo se debe á la prenda
que vuestro amor estrechó,
ya que el cielo os otorgó
sangre pura y rica hacienda.
Que no se sujete al yugo
de ese qué dirán tirano;
más vale ser padre humano,
que padre hacerse verdugo
y yo, señora, lo veo.

Podrá llevarme á casar,
pero en vez de preparar
las galas del himeneo,
que á tenerme se limite
una cruz y una mortaja,
que esta gala y esta alhaja
será lo que necesite.

MARG. Mis esfuerzos te consagro;
pero aunque yo los aumente,
grande es el inconveniente,
vencerle será milagro.

El carácter se te oculta
de la edad en que naciste;
tú en otra vivir debiste
más inocente ó más culta.

En este siglo de acero,
en que al salir á la tierra
saluda al noble la guerra,
la servidumbre al pechero,
y por gracia á la mujer
se la considera en suma
cual ave de hermosa pluma
destinada á entretener,
amistad, sangre y amor,
todo humano sentimiento
se sacrifica al sangriento
ídolo llamado honor.

Segun su alcoran decreta,
mengua es enmendar lo errado,
es vil el escarmentado
que imposibles no acometa,
y se admira á quien del dicho
á la ejecucion pasó,
en empresas que dictó
la imprevision ó el capricho.

Yo al corazon de mi esposo
debo arrancar la corteza
que le puso de dureza
ese código horroroso,

y el afecto natural
restablecer primitivo,
veinte años ha fugitivo
al estrépito marcial.
Si con el habla se aprende,
si el honor es religion,
¿no ha de tener con razon
quien luchar con él pretende?

ISABEL.

¡Y qué! ¿De vuestra virtud
nada servirá el influjo?
¿Qué milagros no produjo
ya vuestra solicitud?
Por eso adoran en vos
mi padre y toda Teruel.
¡Ah! Si vos le rogais, él
pensará que le habla Dios.
Quien tan solícito anda
buscando vuestro placer,
¿os ha de desatender
á la primera demanda?
Sí, madre; hacéos justicia,
y emplead al punto, ahora,
esa magia seductora
que la voluntad desquicia.
Mirad que vais á abogar
por mi eterna salvacion;
mis bodas de maldicion,
crímenes van á engendrar.
Si soy de Azagra y no muero,
no traigas, ¡oh Providencia!
no pongas en mi presencia
al que sabes cuánto quiero,
ó en tu justo tribunal
no me acrimines si al cabo
en las entrañas me clavo
desesperada un puñal.

MARG.

No, no, Isabel; cesa, cesa;
yo mi palabra te empeño,
no será Azagra tu dueño,

yo anularé la promesa.
Me oirá tu padre, y tamaños
horrores evitará.
Hoy madre tuya será
quien no lo fué tantos años.

ESCENA VII

MARI-GOMEZ y DICHAS

- MARI. Don Rodrigo, don Rodrigo, señora.
MARG. ¡Don Rodrigo!
ISABEL. ¡En qué estado nos sorprende!
MARI. Pues, sin vestir, sin peinar... Por más que me
he estado matando... Vamos corriendo al ca-
marin.
MARG. Sí; retiráos, vestíos, y procurad calmar vuestra
agitacion.
ISABEL. Madre mia, no os olvideis de mí. (Váse.)
MARG. Que venga.
MARI. Voy. (Hace que se va y vuelve.) Mirad que he de
plantar á Isabel el vestido que yo guste. Las
vírgenes discretas se pusieron la saya [domin-
guera y encendieron las lámparas cuando vino
el esposo.
MARG. Pero id, Mari-Gomez...
MARI. Así lo dijo el Señor en la parábola... en la pa-
rábola de las novias. (Váse.)

ESCENA VIII

DON RODRIGO y MARGARITA; Mari-Gomez, que vuelve con don
Rodrigo, se retira luego que ha dado sillas

- MARG. Señor don Rodrigo.
RODR. Señora, al fin nos vemos.
MARG. Hacedme merced de tomar silla. Descansad en

esta casa, ya que la prisa de favorecernos no os ha dejado sosegar en la vuestra.

RODR. Aprovechemos estos instantes en que nos hallamos solos. Antes de ver á Isabel, quisiera oír de vos qué pensais del estado de su corazón, del de mis esperanzas. ¡Cabe tanto en un año de ausencia!

MARG. Poco es lo que yo os podré decir. Como el respeto no permite á una hija franquearse con su madre en términos de...

RODR. Pero una madre sagaz observa y descubre.

MARG. Isabel ha gozado este año poquísima salud. Su semblante os lo dirá á primera vista. Esta puede ser la causa principal de su melancolía, de su tristeza, pero...

RODR. Es decir que en su rostro podré hallar mudanza, pero no en su desamor.

MARG. Vos interpretais mis expresiones...

RODR. En su verdadero sentido: ¿á qué negarlo? Si vos no habeis hecho observaciones durante mi ausencia, yo sí las he hecho, y segun ellas hablo. Yo os he dirigido repetidos pliegos para Isabel; á ninguno ha contestado. Yo la he enviado lienzos, brocados, joyas; sé que jamás las ha empleado en su ornato. Aun no ha oprimido el lomo del brioso alazan que la trajeron últimamente, ni sus manos han tendido la preciosa ballesta que acompañaba al traje de caza.

MARG. Ya sabeis que la caza no la ofrece diversion.

RODR. Ha echado á volar los azores, ha regalado la jauría, ha dado las telas á los templos, las joyas á los pobres... No me desagradan estos rasgos de beneficencia; los aplaudo y admiro; pero, ¿qué prueban estos hechos unidos á otros? Una verdad bien triste, de que estoy convencido seis años hace. Que Isabel no me ama.

MARG. ¿Si estais en esa creencia, me permitireis, dón Rodrigo, que os haga una amonestacion amistosa? Bien sé que mi sexo está privado de voto

fuera de la hilaza y de la costura; pero como dama y como madre, me creo con derechos á la indulgencia de un caballero.

RODR. Seguramente; y yo estoy obligado á respetaros por más de un título. Hablad.

MARG. Don Pedro os ofreció la mano de su hija; pero la delicadeza de vuestro cariño, la elevacion de vuestro espíritu, vuestro mismo amor propio, ¿se satisfacen con la posesion de una mujer cuyo corazon confesais que no es vuestro? ¿Qué seguridades de dicha os ofrece un matrimonio fundado en tan dudosos principios? ¿Si el amor de Isabel saliera de la regla comun, si fuese ya tarde para que obrase en ella el desengaño, si la viéseis consumirse lentamente, víctima de un pesar más violento cuanto más reprimido, no maldeciríais entonces vuestro fatal empeño? Los celos, los remordimientos, harian fuerte presa en vuestra alma; la discordia, el odio, el infierno entero rodearian vuestro tálamo.

RODR. ¡Qué funestos anuncios, señora! Por fortuna vuestro ejemplo mismo los está desmintiendo. Tambien vos amásteis antes de ser de don Pedro, y sin embargo habeis sido... el modelo de las esposas.

MARG. Esos elogios.

RODR. Yo sé cuánto lo mereceis, señora... y espero de vuestra hija... aun mayores virtudes. Pero dejando esto aparte, yo tambien quiero haceros mis reflexiones; Isabel es cierto que no me ama; ¿pero á quién ama ya? A un ser entredicho para ella, á un polvo insensible tal vez.

MARG. ¿Y si Marsilla volviese aun, si antes de cumplirse el término se presentara colmado de riquezas?...

RODR. ¿Pensais que eso me obligaria á ceder? Os engañais. Marsilla prometió desistir de su loca pretension si en el término de seis años no se enriquecia; pero yo no he prometido desistir nun-

- ca. Los Azagras no saben ceder. Todo el poder de Aragon y Castilla juntos, no pudo despojar á don Pedro Ruiz del señorío de Albarracin. Si Marsilla volviera á competir conmigo, la espada decidiria la competencia.
- MARG. Yo creo que debiera decidirla la voluntad de mi esposo. ¿Quién pudiera disputarle el derecho de disponer de su hija?
- RODR. ¿Y quién me impediria el deshacerme de mi rival? Pero estas son amenazas inútiles; el velo que cubre el destino de Marsilla deja traslucir harto distintamente su tumba ó su miseria. Si yo estuviera penetrado de que la voluntad de Isabel era irrevocable; de que unida á mí con un lazo sagrado, su virtud no lo habia de excitar á cumplir lo que jurase en los altares, seguramente no daria un paso más en mi pretension; pero las opiniones se mudan, la razon recobra su imperio, los afectos se debilitan, se borran...
- MARG. ¡Ah! ¡Don Rodrigo! El que cuenta tantos años de duracion...
- RODR. Debe por lo mismo hallarse muy cerca de su término.
- MARG. ¿Con que persistís?...
- RODR. Invariable. Un corazon como el de Isabel es un prodigio, es el fénix de su época. ¿Cómo no admirarlo y codiciarlo?
- MARG. Mas cuando se tropieza con obstáculos invencibles...
- RODR. Para una voluntad firme no hay obstáculos. ¿Habia yo de permitir que al fin de seis años quedasen burladas mis esperanzas? ¿Que un obsequio, público ya en todo el reino, finalizase tan vergonzosamente para mí? Este empeño se ha convertido ya en punto de honor, y don Rodrigo de Azagra sabrá quedar airoso en él, como en todos.
- MARG. ¿Y será justo que se sacrifique la dicha de mi hija á vuestra vanidad?

RODR. Yo me he sacrificado hasta ahora á sus caprichos, exijo mi desquite. Nada reclamo que no me pertenezca. Isabel no puede disponer de sí, no es suya; sus padres han ofrecido su mano; promesa quita propiedad; no es vuestra, á mí me la habeis ofrecido, Isabel es mia.

MARG. Ni lo es, ni lo será. Siento decíroslo, don Rodrigo; si seguís en un empeño tan temerario, al pié del altar oireis un no que os afrente.

RODR. Vos contais demasiado con la eficacia de vuestras instigaciones. La boca, que sólo incitada por vos se atreveria á pronunciar ese no, es sagrada para mí. Isabel es mi ídolo; todo, hasta el desden, me es respetable en ella; ¡pero ay del que pretenda robar este ídolo de mi templo!

MARG. ¡Don Rodrigo!

RODR. Vuestra repulsa me ha irritado, pero no me encuentra desprevenido. Receloso de ella, me proporcioné en Monzon cartas de favor para vos, que me figuro no dejareis desairadas.

MARG. ¡En Monzon! ¡Cómo! Explicaos.

RODR. Sabeis que los caballeros de la orden del templo estaban encargados de la custodia del rey en aquella fortaleza. Pues un caballero templario...

MARG. ¡Un templario!

RODR. Me concedió su amistad desde que llegué al castillo. Yo le dí cuenta de mis malaventurados amores... y él...

MARG. ¿Y él?

RODR. El me ocultó los suyos. Díjome sí que le habia traído á la religion el arrepentimiento, el deseo de expiar un delito, cuya causa habia sido el amor. Por varias expresiones que le oí despues, llegué á creer que habia seducido...

MARG. ¿A quién?

RODR. A una dama de esta ciudad...

MARG. (Aparte.) Yo tiemblo.

RODR. Mi amigo era de un carácter sombrío, melancó-

lico, taciturno. Conocíase que le devoraba la carcoma de las pesadumbres. Ellas sin duda le habian hecho contraer un hábito tan extraño como peligroso. Ocupábamos una misma celda. Levantábase á veces en medio de la noche des-pavorido, recorria la estancia desatentadamente, hablaba, gemia, oraba... ¡Llegábame á él para consolarle ó distraerle, y le veia con los ojos cerrados, muda la fisonomía... estaba dormido! Asaltada su razon de un delirio espantoso, prorrumplia su lengua en mal articuladas frases, que ya excitaban la lástima, ya el horror... Desconfiando de su penitencia, se acusaba de adúltero.

MARG.

¡Adúltero!

RODR.

Veia abierto el infierno para tragarle; se esforzaba en disculpar, en nombrar á su cómplice...

MARG.

¿A quién? ¿A quién nombraba?

RODR.

A una mujer cuyo nombre jamás pudo entenderse.

MARG.

¡Ah!

RODR.

Por último... salimos ambos á una comision importante; partidarios del conde don Sancho nos acometieron con ventaja, y el infeliz Roger de Lizana...

MARG.

¡El es!

RODR.

El es el que pereció. Ya lo habreis sabido.

MARG.

Sí... ya lo sé. (Aparte.) Yo voy á espirar.

RODR.

Y no habreis sentido su muerte; fué muy gloriosa.

MARG.

Por favor... acabad.

RODR.

Al desarmarle para dar sepultura á su cuerpo... hallé sobre su corazon unas cartas.

MARG.

¡Cartas!

RODR.

Dudé si las enterraria con el cadáver... y las conservo, las leo; quiero aniquilarlas... y... las guardo, y hoy os las presento. Vedlas: (Desarrolla unos pergaminos.)

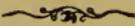
MARG.

¡Piedad!

- RODR. Leed: Margarita dice aquí... Margarita aquí... Margarita en todas.
- MARG. Mias son, yo soy, yo soy la cómplice. ¡Oh! Dádmelas, destruidlas, borradlas.
- RODR. Para vos las he conservado. Yo os las entregaré... en el momento que me dé Isabel la mano.
- MARG. ¡Me las vendeis á precio de la infelicidad de mi hijal
- RODR. Feliz ó infeliz conmigo, vuestra hija, menos hipócrita, será más honrada que vos; y yo, si vive mi rival, seré más vigilante que don Pedro. Si Isabel no me ama, yo me pasaré sin su amor, y esta espada me responderá de su conducta. O emplead vuestra autoridad para hacerla mia, ó resignaos á ver estas cartas en manos de vuestro esposo. Meditadlo, y elegid.
(Váse.)
- MARG. ¡Dios de misericordia!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO



ESCENA PRIMERA

MARI-GOMEZ, despues ZULIMA

MARI. (Asomada á un balcon, habla á una persona que está en la calle.)
Sed bien llegado. ¡Cómo!
¿Si os permito, decís,
descansar un momento?
Y dos y cuatro y mil.
¡Qué poco sabeis dónde
hospedaje pedís!
Galvan, ten ese estribo.
Vos, bello paladin,
dad al mozo de casa
esas armas. Subid. (Quítase del balcon.)
¡Olalla!—El forastero
es como un querubin. (Sale una criada.)
Pronto, una magra, vino,
(A la criada, que oida la orden, parte á ejecutarla.)
fruta, agua, pan.—No ví
en mi vida un mancebo
de cara tan gentil.
Por otra menos bella
del claustro me salí.
(Sale Zulima en traje de caballero aragonés, cubierta de polvo y muy agitada.)
Llegad acá, sentaos.
Estais hecho un carmin

de sofocado. Cierro,
que es el viento sutil:

(Junta las hojas del balcon; los vanos de los postigos
tendrán lienzos en vez de vidrieras.)

Si os dañara, sería
un dolor para mí.

ZULIMA. He llegado á su casa. (Aparte.)

MARI. En ocasion venís
que están fuera mis amos.

ZULIMA. ¡Maldicion sobre tí! (Aparte levantándose.)

MARI. Sólo está mi señora
la jóven.

ZULIMA. Soy feliz. (Aparte.)

MARI. Mas nosotros tenemos
órden de recibir
á cuantos se presenten...

(Salen dos criadas con varios platos, jarros, vasos de
estaño, etc., que ponen en una mesa inmediata á la silla
donde se sentó Zulima.)

Conque, vaya, admitid
este pobre agasajo.

Un trozo de pernil
y un trago. (Zulima coge con ansia un jarro, y
bebe.) ¡Que eso es agua!

No, por San Agustin,
no bebais; aquí hay vino.
¿Qué habeis hecho, infeliz?
¡Agua y sudando! Vais
á mataros así.

ZULIMA. La sed me devoraba.

MARI. Aprended á vivir.
Todo un padre vicario
era á quien yo le oí
que es un pecado el agua
al vino preferir.
Comed algo.

ZULIMA. No vine
para comer aquí. (Paseándose con desasosiego.)

MARI. Mas descansad siquiera.

- ¡Qué inquietud! ¡Qué tragin!
 ¡Cuál muestra su viveza
 la sangre juvenil!
- ZULIMA. ¿Vuestra jóven señora
 me querrá permitir
 que las gracias le rinda?...
- MARI. ¿De qué? Nada admitís.
- ZULIMA. ¿Podré verla?
- MARI. Mancebo,
 yo os quisiera servir...
 Sois cortès, sois gallardo...
 pero eso que exigís...
 Mi señora es doncella,
 y sin contravenir
 á su decoro...
- ZULIMA. (Con imperio.) Esclava,
 id, llamadla. Partid.
- MARI. ¡Esclava yo! ¿Pues tengo
 pinta de marroquí
 ni argelina? Yo soy
 libre, noble, y, en fin,
 cristiana vieja.
- ZULIMA. ¿Cómo
 dudarlo?
- MARI. ¡Esclava á mí!
 Los Gomez, cuando vino
 Santiago á convertir,
 eran ya tan cristianos
 como fué el rey David.
- ZULIMA. Pero...
- MARI. Y gracias al cielo,
 ni moro, ni gentil
 jamás en ellos hubo,
 ni maniqueo, ni
 valdense, ni albigense,
 ni por ningun deslíz
 saco de penitencia
 tuvieron que vestir.
 ¡Esclava! ¡Me ha gustado!

- ZULIMA. Perdonadme; viví
en tierra donde abunda
la condicion servil...
- MARI. ¿Venís de Palestina?...
Ya lo iba yo á decir.
Si se os conoce el aire
que tienen los de allí.
¿Por qué lo habeis callado?
Siempre gusta el oír
noticias de la guerra
con esa gente ruin,
y el rigor del honesto
recato mujeril
puede templarse en gracia
de quien pisó el país
donde al Señor le plugo
cuna y tumba elegir.
Llama á Isabel corriendo. (Váse una criada.)
Vereis un serafín
en rostro y en virtudes.
- ZULIMA. Mi intento conseguí. (Aparte.)
- MARI. Bien que, ¿cómo pudiera
su sangre desmentir?
Buenos padres... y luego
yo que la dirigí...
- ZULIMA. De sus virtudes no dudo...
si te puede sufrir. (Aparte.) (Váse la otra criada.)

ESCENA II

DICHAS é ISABEL

- ISABEL. Guárdeos Dios, caballero.
- ZULIMA. Y á vos cual yo le pido, señora. (Aparte.) Mi rival es esta.
- MARI. Es mi ama.
- ZULIMA. Prevencion inútil. (Aparte.) Mi sangre me lo hubiera dicho. (Á Isabel.) La gratitud al cordial obsequio que he hallado en vuestra casa, no me

permitia dejarla sin agradecérselo. Por esto me atreví...

ISABEL. La hospitalidad, que es una obligacion para todo aragonés, para mis padres es cumplimiento de un voto. Nada nos debeis.

ZULIMA. Hermosa habrá sido. (Aparte.)

ISABEL. ¿Pudiera sin imprudencia saber de dónde venís?

MARI. De la tierra santa.

ISABEL. ¡De la tierra santa!

ZULIMA. Sí. Hace ya tiempo que llegué á España. (Aparte.) ¡Qué animacion en su rostro!

ISABEL. Y decidme... ¿habeis conocido allá algun caballero de aquí?

ZULIMA. ¿De Teruel? Sí, conocí á uno.

ISABEL. ¿Os acordais de su nombre?

ZULIMA. Ramiro Montalvan.

ISABEL. ¡Montalvan! No hay familia en Teruel de ese apellido.

ZULIMA. ¡Ah! Sí, que este nombre era supuesto. No he sabido hasta hace poco el verdadero. Llamábase don Diego...

ISABEL. ¡Marsilla!

ZULIMA. Ese era su apellido.

ISABEL. ¡Cielos! Dios os ha traído sin duda á Teruel. Decidme, caballero, decidme: ¿dónde dejais á Marsilla? ¿Cuánto ha que os separásteis de él? ¿Cuál era su situacion entonces? Por Dios, que me lo digais.

ZULIMA. Ahora reflexiono que siendo natural de esta ciudad... Yo no he preguntado... ¿Estoy en su casa? ¿Sois vos su hermana?

ISABEL. No, no es esta su casa, no soy hermana ni deuda suya; pero... ¡me intereso tanto por él!

ZULIMA. Así me lo parece. Señora, nadie os pudiera dar tan buenas noticias como yo.

ISABEL. ¡Buenas! Dios os lo premie.

ZULIMA. Marsilla, cargado de honores y riquezas adquiridos en Palestina, se hizo á la vela para España.

ISABEL. ¿Cómo? ¿Viene ya? ¿Ya vuelve?

ZULIMA. Ya ha vuelto mucho tiempo hace.

ISABEL. ¿Ha vuelto, decís? ¿Y ha tiempo? ¡Dios mio! Pero, ¿cómo no ha llegado ya á Teruel? ¿A qué se ha detenido? ¿No habeis dicho que era ya rico? Creo que habeis dicho eso.

ZULIMA. Un amigo suyo que murió en la Siria le dejó heredero de sus bienes.

ISABEL. ¡Ah! Pues él debia haberse restituido inmediatamente á su patria.

ZULIMA. No tuvo él la culpa de que al volver le cautivarán en las costas de Valencia.

ISABEL. ¡Desventurado! ¡Está cautivo!

ZULIMA. Ahora... ya se halla libre.

ISABEL. Me salvais la vida. Acabad.

ZULIMA. Durante su esclavitud en Valencia, su gallardía y sus amables prendas hallaron gracia en los ojos de la esposa del rey.

ISABEL. ¡Qué decís! ¡Una mora se prendó de él! ¡Una mujer casada! ¡Qué infamia! Gente sin fe ni ley. ¿Y esa mujer era hermosa? Dicen que las moras valencianas son muy bellas. Pero él... él no la amaría.

ZULIMA. No, yo os puedo jurar que no la ha amado. Yo me hallaba á la sazón en Valencia. De allí vengo ahora. Sé, á no dudarlo, que desechó, que despreció el amor de la princesa.

ISABEL. ¡Ah! No esperaba yo menos de su corazon.

ZULIMA. (Aparte.) ¡Presuntuosa! ¡Cómo se envanece!

ISABEL. ¡Un caballero cristiano rendirse á las seducciones de una enemiga de su Dios! No era creible.

ZULIMA. Cierto. Mucho más cuando Marsilla tenia tambien amores en Teruel.

ISABEL. ¿Eso sabíais?

ZULIMA. Sí; de él mismo lo supe. Vos conoceréis á su dama. ¿Es hermosa?

ISABEL. No, caballero; la hermosura no resiste á la desgracia, y la amante de Marsilla ha sido muy infeliz. Algun dia la envidiaron, la aborrecieron

sus más lindas compañeras; ya todas la aman, todas la compadecen.

ZULIMA. Los pesares de esa dama prueban que era digna del amor de Marsilla. Él, anhelando reunirse con la que ama, expuesto al furor de la sultana ofendida...

ISABEL. ¡Qué! ¿Fué capaz de rendirse...?

ZULIMA. (Aparte.) Ella propia me indica... (A Isabel.) ¿Os parece fácil resistir á una reina hermosa que ruega y amenaza?

ISABEL. ¡Pérfido! ¡Inícuo mujer! ¡Desventurada!

ZULIMA. Podeis creer que sólo le moveria á esto el ansia de recobrar su libertad; no le quedaba otro medio. Yo me disponia entonces á salir de Valencia. Vuestro paisano hubiera podido acompañarme; pero su destino mudó de aspecto. Sólo ha venido conmigo una joya suya.

ISABEL. ¡Una joya! (Aparte.) ¡Si fuera...!—Pero despues...

ZULIMA. Despues... descubrió el rey la traicion de su esposa...

ISABEL. ¡Cielos!

ZULIMA. Segun las leyes del país, ambos merecian la muerte.

ISABEL. ¡La muerte! ¡Dios Eterno!

MARI. ¿Son esas las buenas noticias que traeis?

ZULIMA. Quise decir ciertas, seguras. Además que para vos (A Isabel.) nunca pueden ser de un interés muy grande. No sois deuda de Marsilla; su dama me habeis dicho que no es bella; vois sois hermosísima; no sois su dama. ¿Qué os puede importar el que antes de ayer hayan tenido fin sus miserias?

ISABEL. ¡Santo Dios! (Desmáyase.)

MARI. (Acudiendo á sostenerla.) ¡Señora! ¡Señora! (Á Zulima.) ¿Qué es lo que habeis hecho? ¡Olalla! ¡Jimena! (Salen las dos criadas.) Un vaso de agua. ¡Válgame Jesus! Ayudadme.

ZULIMA. (Aparte.) Sabe amar la cristiana. Yo sé más; sé vengarme.

MARI. Isabelita. (A una criada.) Dad acá para rociarle el rostro. (A Zulima.) ¿No pudísteis conocer con quién estábais hablando?

ZULIMA. ¡Miserable! ¿Sabes á quién hablas tú?

MARI. Aun no vuelve.

ESCENA III

DICHAS y MARGARITA

MARG. ¿Qué es esto? ¿Qué ha ocurrido? ¡Mi hija!

MARI. Ese caballero, en mala hora ha venido...

ZULIMA. Sí, ved el efecto de una imprudencia mia; anuncié á vuestra hija, sin saber quién fuese, la muerte de Diego Marsilla...

MARG. ¡Marsilla!

ZULIMA. Sólo al verla desmayada pude conocer que ella era á quien debia entregar una joya que me dió en Valencia el mismo Marsilla. (Isabel hace un movimiento y su madre acude á ella, olvidando á Zulima.) Ahí queda. (Pone la joya sobre la mesa.) Perdonad que tan aciagamente haya desempeñado mi mensaje. Adios. (Váse.)

MARI. Id con mil demonios.

ESCENA IV

MARGARITA, ISABEL y MARI-GOMEZ

MARG. Isabel, Isabel mia.

ISABEL. ¡Madre! ¿Es mi madre?

MARG. Sí, querida hija, alentad.

ISABEL. ¡Madre! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

MARG. ¡Hija infeliz!

ISABEL. Ha muerto... porque me ha vendido. ¡Ingrato!

MARG. Desahogaos en mi seno. Venid, yo mezclaré mis lágrimas con las vuestras.

ISABEL. ¡Ha muerto! Ya todo se acabó, ya no hay esperanza, ya no tengo por qué vivir. Si era preciso.

¿Cómo al abandonarse á los brazos de una adúltera no pensó que provocaba el enojo del cielo; del cielo que, aun inocentes, se ha ensañado contra nosotros? ¡Infeliz!

- MARI. (A Margarita.) La adúltera es la mujer del rey de Valencia.
- MARG. El cielo, que os presenta este cáliz de amargura, os dará tambien fuerzas para beberlo. Procurad sosegaros.
- ISABEL. ¡Sosegar! ¡Amad veinte años; amad toda la vida; vivid sólo con la esperanza del logro de un amor legítimo; perded de un golpe todas las ilusiones de la vida y del alma; conoced que habeis amado á un traidor, á un aleve, y ¡sosegaos, tranquilizaos! Decid al mar que se aplaque cuando sopla el viento más embravecido. ¡Muerto por amores con una infiel! ¿Se ha ausentado ya ese fatal mensajero, sin aguardar á explicarme?... Yo quiero saber mil cosas, quiero que me satisfaga mil dudas. Llamadle; llámale, María.
- MARG. Sí, yo tambien quiero preguntarle... Idle á buscar.
- MARI. No os desconsolis, Isabelita. ¿Quién sabe? La edad de ese jóven, un tonillo de ironía, cierta confusion que he creido notar en su semblante... todo me hace sospechar si nos habrá engañado. (Váse.)
- ISABEL. No; nunca las nuevas del mal son falsas. Él habló además de una joya...
- MARG. Aquí la ha dejado. (Dásela.)
- ISABEL. ¿La veis, querida madre? ¿La conoceis? Esta joya era mia. Yo se la dí la víspera de su partida. Él me prometió no separarse de ella. «Si en medio de las lides que voy á buscar, me dijo, hallo la muerte, devuelta te será esta prenda empapada en mi sangre. Amigo ó enemigo, no faltará quien se encargue de ponerla en tus manos.» Ya ha llegado á ellas; aquí está. ¿Y he de dudar de su muerte? (Sale Mari-Gomez.)

- MARI. Montó á caballo así que salió de aquí. Ya estará fuera de la ciudad.
- MARG. (Aparte.) No sé qué pensar de esto.—Retíraos, Mari-Gomez.
- MARI. Repito que ese barbilampiño tenía pinta de embustero y de mal intencionado. Bien decia mi padre vicario: *Meliora sunt ubera tua vino*. Mala hora coja al que no beba vino. (Váse.)

ESCENA V

MARGARITA é ISABEL

- ISABEL. ¡Que es don Diego desleal!
No hay fe entonces en la tierra.
Madre, ¿lo creéis? Yo no,
no lo creo; ni creyera
á mis ojos si lo viesen.
Si no es posible que sea;
si á haberme sido traidor,
mi pecho lo presintiera,
y jamás, ni un solo instante
sospeché de su fineza.
Misterio hay aquí sin duda.
Él me amaba.—¿Qué aprovecha?
Ya murió.

MARG. ¡Isabel querida!...

- ISABEL. Venga don Rodrigo, venga,
reclame mi mano; ya
le aguardo con impaciencia.
Sí, porque para morir
otra cosa no me resta.

MARG. No, la razon...

- ISABEL. ¡Con qué orgullo
asirá Azagra mi diestral
«Ya eres mia, me dirá;
vana fué tu resistencia,
vano el desden; tu amor tuvo
que postrarse ante mi estrella.

Me despreciabas, me odiaste;
 ya á la autoridad sujeta
 estás del que despreciabas.»
 Si el llanto mi rostro anega,
 «deten, me dirá, ese llanto,
 que es de mi honor en ofensa»,
 y tendré que detenerlo.

Y cuando suspirar quiera,
 deberé ahogar el suspiro,
 que mirará como muestra
 de un afecto criminal...

¡Y lo será!—No.—¡Firmeza!
 Con una palabra evito
 que nadie acusarme pueda.

MARG. ¡Cómo! Ya conoceréis
 que ninguna excusa os queda...

ISABEL. Yo á don Rodrigo hablaré;
 sí, yo le diré resuelta:
 «Si hallar la dicha pensais
 con hacerme esposa vuestra,
 sabed que en mi pecho habitan
 la amargura y la tristeza.
 ¿Conoceis en esta cara
 marchita y amarillenta,
 en estos ojos que cubre
 de dolor oscura niebla,
 en este labio en que siempre
 un ay lastimero suena,
 en esta efigie animada
 del pesar, veis la belleza
 que llamáiste algun dia
 en mil trovas lisonjeras
 perla del Guadalaviar,
 de Teruel fúlgida estrella?
 Mi sangre está ya viciada,
 corre acíbar en mis venas,
 va á contagiaros mi mano,
 y en union tan mal dispuesta,
 en vez de felicidad,

sólo encontrareis vergüenza,
remordimientos, hastío,
desesperacion violenta,
y con mi fin prematuro
vuestra desgracia perpétua.»
¿Y tendrás valor...?

MARG.

ISABEL.

¡Valor!

Decidme si hay por qué tema;
decid si dudais que arrojé
un desesperado tenga.

MARG.

Si os manda un padre...

ISABEL.

Diré

que no.

MARG.

Si una madre os ruega...

ISABEL.

No.

MARG.

De rodillas.

ISABEL.

Mil veces

no; podrán enhorabuena,
de los cabellos asida,
arrastrarme hasta la iglesia;
podrán maltratar mi cuerpo,
cubrirlo de áspera jerga,
emparedarme en un claústro
donde lentamente muera;
todo esto puede mi padre,
pero arrancar á mi lengua
un sí perjuro, no.

MARG.

Tú

has dictado mi sentencia;
mi suerte me vaticinas.
No serás tú quien se vea
de un monasterio en la cárcel
sepultada con afrenta,
destrozada, emparedada;
seré yo, yo, que deshecha
en lágrimas, á tu padre
pediré por gracia extrema
que el corazon me atraviere,
y veré que me la niega,

- porque más lento, más crudo
suplicio es justo que sienta.
- ISABEL. ¡Vos, á quien mi padre adora!
- MARG. Quizá hoy mismo me aborrezca,
cuando le haga ver Azagra,
con irrecusables pruebas,
que en una consorte infiel
su amor engañado emplea.
- ISABEL. ¡Gran Dios!
- MARG. Sí; casada y madre,
la seducción halagüeña
del amante me rindió
que fué mi afición primera.
Vino el arrepentimiento;
volé al altar; penitencia
crüel que durar debia
por diez años, fuéme impuesta,
y la cumplí, y la seguí
mucho despues que cumpliera.
Si entrases en mi oratorio,
donde nadie jamás entra
sino yo; si las paredes,
si aquel pavimento vieras
que cubre de sangre mia
gruesa y hórrida corteza...
los cilicios... ¡Oh! Quizá
de mi castigo sintieras
más piedad que indignacion
de mi orgullo.—Satisfecha
de la expiacion, creí
ya merecer que secreta
la culpa hasta el dia último
del universo yaciera.
Juzga tú de mi terror
cuando, instando á que cediera
de su pretension Azagra,
las cartas ayer me muestra
por mí á mi cómplice escritas,
y me amenaza ponerlas

en las manos de tu padre
si tú la tuya le niegas.

ISABEL. ¿Conque hay tambien infortunio

(Despues de un momento de pausa.)

que á mi infortunio supera?

¿Hay un ser á quien salvar
yo de su despecho pueda?

MARG. ¡Salvarme! No lo merezco.

¡Salvarme! ¿Quién te lo ruega?

Para hacer tal sacrificio,

¿qué me debes tú? Dureza,

rigores. Si soy tu madre,

si te amé, ¿cuándo halagüeña,

cuándo amorosa me viste?

Ayer.

ISABEL. ¡Oh madre! ¿Pudierais

dudar de lo que hacer debo,

de lo que haré?—Sí, que incierta

yo tambien estoy.—¿Mas cómo?

¿No soy hija? ¿No se encuentra

mi madre en riesgo? ¿No puedo

librarla? Mi vida es vuestra,

tomadla; así Dios, así

lo manda naturaleza.—

¡Casarme con don Rodrigo!

¡Albricias, alma, no temas!

Marsilla es muerto.

MARG. (Aparte.) ¡Oh rubor!

ISABEL. Y me ha ofendido. ¿No es cierta

su traicion? Decidme, madre,

que me ha olvidado en la ausencia,

y que en una mora puso

el amor que me debiera.

¿No es cierto tambien que Azagra

una alma celosa alberga,

iracunda, vengativa?

¿Que mis ayes y querellas

se le harán insoportables,

y querrá que los contenga;

no podré, se irritará
y me matará?

MARG. ¡Isabela!

¡Qué horror!

ISABEL. Tengo yo tambien
cartas amantes que lea.
Yo las tengo, y algun dia
las verá Azagra.

MARG. ¡Oh; si fueran
las mias tan inocentes!

ISABEL. ¡Inocentes! Sí; pureza
respiran todas, pasion
que ni culpable ni nueva
parecerá á don Rodrigo.
¿Veis esto, madre? ¿Son esas
(Mostrándola un retrato.)
sus facciones? Pues sabed
que mi mano ruda, indiestra,
ese bosquejo trazó,
sin que dechado tuviera
más que la imágen, que fija
en mi pecho se conserva.
Permitídmelo besar
por última vez... por esta.
Tomadlo. Hecho el sacrificio
está ya, y estoy serena...
tranquila... como la tumba.
Imitad vos mi entereza,
mi calma... y no me digais
ni una palabra siquiera.
Vuestra fama está en mi mano;
la conservareis ilesa.
Se casará vuestra hija;
no importa lo que le cuesta. (Váse.)

ESCENA IV

MARGARITA

MARG. ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que hice?
¿Soy madre yo? No lo soy;
en mi corazón estoy
oyendo una voz que dice:
Tú has abusado, infelice,
con egoísmo cruel,
de la virtud de Isabel
por evitar tu castigo.
¡Si bárbaro es don Rodrigo,
compárate tú con él!
¿Pero dónde hay resistencia
para renunciar al fruto
de quince años que en tributo
consagré á la penitencia?
¿Me ofreceré á la presencia
de mi esposo y de Aragon
con el hediondo borron
del crimen que cometí?
En mal hora merecí
tan buena reputacion.
Con placer me sujetara
del castigo á la fiereza,
como sólo en mi cabeza
su peso se acumulara;
pero si se divulgara,
si sabe el mundo mi error,
la mengua y el deshonor
más oprimen á mi esposo.
¡Qué golpe tan horroroso!
Le va á matar el dolor.
Viva Segura, Dios mio;
si nueva culpa cometo
por conservar mi secreto,
tú verás cómo la espío.

Yo de mi Isabel confío;
su amante ya pereció;
la suerte me sujetó
este partido á tomar;
me puedo sacrificar,
pero á mi marido no.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO



PRIMERA PARTE

Decoracion corta que representa el camarin ó gabinete de doña Isabel. Una puerta grande en el fondo, que al abrirse dejará ver una larga sala; otra puerta menor á un costado.

ESCENA PRIMERA

ISABEL y MARI-GOMEZ. Aparece Isabel ricamente vestida, sentada en un sillón delante de una mesa, sobre la cual descansa un espejo metálico sostenido por un atril. Mari-Gomez está acabando de adornar á su jóven ama, cuyas galas forman singular contraste con su profunda melancolía y abstraccion.

MARI. ¿Qué os parece el adorno de la cabeza? Nada, ni me oye. Que os mireis os digo: alzád ese rostro. ¿Qué tal? (Isabel levanta maquinalmente la cabeza y vuelve á inclinarla sin haber fijado la vista en el espejo.) A esotra puerta. ¡Miren qué trazas de novia! ¡Pues si está cuando se case tan distraída, entonces sí que será lance donoso! Vamos con las manillas. (Va á abrocharle una manilla y se le escapa el brazo.) Pero sostened el brazo vos. Vaya, esto es amortajar un difunto. (Pónele las dos manillas, manejándole los brazos á su arbitrio.) Para el collar me dejaré de historias. (Alzale la cabeza; Isabel da un suspiro.)

ISABEL. ¡Ah!

MARI. Le prenderemos aquí el velo como se pueda. (Lo hace.) ¿Qué falta? Creo que nada. Vamos,

bien estais. Ello me habeis hecho perder la paciencia treinta veces. ¡Y yo que quisiera poneros hecha una imágen, yo que me miro en vos! Por fin, ya llegó el día de veros ataviada. Hoy resucitais las envidias que han estado enterradas seis años.

ISABEL. (Siempre enajenada.) ¡Marsilla!

MARI. (Aparte.) Dios le haya perdonado. (A Isabel.) Ahora... yo diré á don Rodrigo lo que hace al caso. Cada domingo me habeis de estrenar una gala. Os he de hacer pagar el desaliño de doncella con el esmero de casada.

ISABEL. Casada... (Esta expresión la saca de su enajenamiento; mira á Mari-Gomez, se ve en el espejo, se mira á sí propia, reúne sus ideas, y dice luego con melancólica sonrisa:) ¡Ah! Es mi último vestido.

MARI. ¡El dulcísimo nombre de Jesus! *Libera nos á malo*. No lo querrá Dios, Isabelita de mi alma, no lo querrá Dios; antes os hará tan dichosa como mereceis. Pero salid de ese abatimiento, que no pareceis sino un reo sentenciado á muerte. Mirad que ya van á venir los convidados á la boda, y es menester no darles que decir.

ISABEL. (Con sobresalto.) ¿Qué hora es ya?

MARI. No tardarán en tocar á vísperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió don Diego de Teruel, y hasta que cumpla, no está libre mi señor de su promesa.

ISABEL. Sí; á esa hora, á esa hora misma, seis años hace, partió de su patria el infeliz Marsilla... para nunca volver. En este mismo aposento me hallaba yo; allí, delante de ese balcon estaba; mis ojos regaban copiosamente mi labor, como ahora mis galas nupciales. Continuamente se dirigian mis inquietas miradas á la calle por donde habia de pasar para verle... como ahora, que no le verán. Por allí vino, montando en el fogoso alazan enseñado á pararse bajo mis rejias. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la

mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. Allí se detuvo; desde allí me dirigió el adios postrero. Hasta la dicha, ó hasta la tumba, me dijo. Tuya ó muerta, exclamé yo enajenada; tuya ó muerta fuí á repetirle, y oprimido el corazon de la angustia, caí sin aliento en el balcon mismo, tendidas las manos hácia la mitad de mi alma que se ausentaba. ¡Suya ó muerta! Y voy á dar la mano á don Rodrigo. ¡Bien cumplo mi palabra!

MARI. Hija mia, desechad esas ideas. ¿Yo qué os he de decir para consolaros? Vos sabeis más que yo; yo no soy más que una pobre mujer, que porque vos recobráseis la paz del alma, porque fuérais feliz, daría todos los dias que la quedan de vida, menos uno para verlo.

ISABEL. ¿Conque tanto me quieres, María? ¿Conque te afligen tanto mis pesares?

MARI. ¿Hija Isabel, no han de afligirme? ¿Pues qué, el haberos recibido al nacer en mis brazos, haber mecido vuestra cuna, veinte y cuatro años de afan continuo no han de haberme inspirado ley? ¿Quién más acariciada, más mimada que vos de mí? ¿Qué madre más indulgente con una hija que yo con vos? No quita esto que os riñera, sí señor, cuando convenia; pero ¿cómo os regañaba? Siempre mis sermones os hacian reir. Miento; ni reir, ni llorar, porque como no me escuchábais las más de las veces... Y á fe que aún no habeis perdido esa maña. ¡Desagradecida! Vos habeis tenido en mí otra madre, y yo sólo he tenido en vos una discípula sorda; *Discipulis surdis*, como dijo San Paralipómeno.

ISABEL. Perdóname, amada María; no soy ingrata. Dáme un abrazo. ¡Si vieras!... ¡Me cuesta tanto trabajo atender á lo que me dicen! Tengo una pesadez, una desazon...

MARI. ¡Válgame Dios! ¡Y mi señora que no está en casa! Se marcha á asistir al hijo del juez, sin

pensar que puede hacer falta aquí. Yo voy á llamarla corriendo.

ISABEL. ¿Para qué? Yo padezco, pero en el alma, ¿quién cura esta dolencia? Parece que dentro de mí se levanta una voz sediciosa, terrible; voz que no viene de mi voluntad, que viene sin duda del infierno (*Mari-Gomez se santigua.*) que me instiga á despreciar, á hollar los vínculos de la naturaleza, los respetos del trato humano, los mandamientos de la ley; á hacer daño á otro; á no impedir males, porque me cuesta demasiado el impedirlos. Tú no me entiendes, María; pero si te acuerdas del año en que una enfermedad pestilente guió su carro exterminador sobre este reino, en que la mitad de España se ocupaba en abrir sepulturas para la otra mitad que perecía; si te acuerdas de aquella recia batalla que se dieron en mi cuerpo la vida y la muerte, en que la muerte quedó vencida, tendrás una lejana idea del combate mental que sufro, cuyos golpes hieren todos en mi carne, y cuyo fin no sé cuál será.

MARI. Vaya, vaya, yo voy por mi ama. Y que tambien... aunque envió á decir que por ella no se aguardase, siempre es mejor que os acompañe á la iglesia.

ISABEL. ¡Ah, sí! Que venga. Díle que necesito su presencia, que es preciso que no se aparte de mí.

MARI. Descuidad, que no volveré sola. (*Váse.*)

ESCENA II

ISABEL

ISABEL. Condúzcame al altar mi madre; dícteme el sí su labio; dígame que si no lo profiero, la doy la muerte... si no... no sé si lo pronunciaré. Ayer, al acabar de oír la fatal revelacion, antes de darme tiempo para conocer la inmensidad del sa-

crificio, entonces debian haberme presentado á Azagra. Hoy está ya roto el hechizo, frío el entusiasmo y fatigada la virtud, rehusa repetir el esfuerzo. Lo estoy viendo; con los ojos clavados en el angustiado semblante de mi madre, con el alma ardiendo en el deseo de salvarla, con la lengua pronta á obedecer á mi padre, saldrá de lo más hondo de mi pecho un no que nadie podrá detener; nadie, ni yo misma. ¡Qué veo! ¡Don Rodrigo! ¡(Está parado junto á la puerta lateral.)

ESCENA III

DON RODRIGO é ISABEL

- RODR. Mis ojos por fin os ven
á solas, ángel hermoso.
Siempre un amargo desden
y un recato vigoroso
me han privado de este bien.
Trémula estais; ocupad
la silla.
- ISABEL. ¡Ante mi señor!
- RODR. Esclavo direis mejor.
Soberana es la beldad
en el reino del amor.
- ISABEL. ¡Mentida soberanía!
- RODR. De mi rendimiento fiel
que dudárais no creia.
¡Si á conocer, Isabel,
llegáseis el alma mia!...
- ISABEL. ¡Es noble, es humana, es bella!
No ha mucho que lo ha mostrado.
- RODR. Tal siempre ha sido mi estrella;
descubrir no me ha dejado
sino lo deforme en ella.
Un Azagra conoceis
orgullosos y vengativos,

y otro, oyéndome, vereis,
que en vuestro rigor esquivo
figuraros no podeis.

El Azagra que os adora,
el Azagra para vos,
no le conoceis, señora,
y nos conviene á los dos
una explicacion ahora.

ISABEL. Si pretendéis abonar
un odioso proceder,
en balde os vais á cansar.

Mejor, á mi parecer,
para ambos será callar.

RODR. ¡Isabel! Deshonra y muerte
y eterna condenacion,
no hacen en mi ánimo fuerte
la dolorosa impresion
que la idea de perderte.
Maldicion más espantosa
no pudo echarme jamás
una lengua venenosa
que decir: «No lograrás
hacer á Isabel tu esposa».
Vuestra madre, mi rival
que de la tumba se alzara,
cualquier osadó mortal
que entre vos se colocara
y entre mí para mi mal,
ante mis celos cayera
en sangriento sacrificio;
no hay medio que yo omitiera,
de violencia ó de artificio,
como á vos me condujera.
Poseeros para ser
virtuoso necesito;
robaros á mi querer
es acercarme al delito
y hacérmelo cometer.
No me interrumpais; sin duda

vais á decir... con razon...
que amor de especie tan ruda,
dejando de ser pasion,
en barbarie ya se muda.
No vuestro amor delicado
me pinteis para mi mengua;
quizá no lo haya expresado
en seis años vuestra lengua
sin haberlo yo escuchado.
Cuantas cartas escribió
Marsilla ausente, léi;
su retrato, que él no vió,
yo he visto. No hay llave aquí
que doble no tenga yo.
Veros fué mi ocupacion,
y oiros de noche y dia;
y deserté de Monzon
siempre que lo permitia
mi sagrada obligacion.
Viéndoos al balcon sentada
por las noches á la luna,
mi fatiga era pagada;
no ha sido mujer alguna
de amante tan respetada.
Para romper mis prisiones,
para defectos hallaros
fueron mis indagaciones;
y siempre para adoraros
encontré nuevas razones.
Seducido el pensamiento
de lisonjeros engaños,
un favorable momento
hace que espero seis años,
y aun llegado no lo cuento.
Pero, por ventura, ya
no puede estar muy distante.
¡Qué! ¿Pensais que cesará
mi pasion, muerto mi amante?
No; lo que yo vivirá.

ISABEL.

RODR. Pues bien, amad, Isabel,
y decidlo sin reparo,
que con ese amor tan fiel,
aunque á mí me cueste caro,
nunca me hallareis cruel.
Mas si ese efecto amoroso,
cuya expresion no limito,
mantener os es forzoso,
yo, mi bien, yo necesito
el nombre de vuestro esposo.
¡No más que el nombre! Y concluyo
de desear y pedir;
de mí todo afán excluyo
sólo con poder decir:
«Me llaman marido suyo».
Separada habitacion,
distinto lecho tendreis.
¿Quereis más separacion?
Vos en Teruel vivireis,
yo en la corte de Aragon.
¿Temeis que la soledad
bajo mi techo os consuma?
Vuestros padres os llevad
con vos; mudareis, en suma,
de casa y de vecindad.
Nunca sin vuestra licencia
veré esos divinos ojos;
mas dádmela con frecuencia.
Si os oprimen los enojos,
hablad, y mi diligencia
ya cañas, ya la batida,
ya músicas dispondrá.
Si llorais... ¡Prenda querida!
Cuando lloréis, ¿qué os dirá
quien no ha llorado en su vida?
Nací altanero; servil
la suerte, aduló mi gusto
desde la edad infantil.
Hiceme inflexible, adusto,

tirano en la edad viril.
 ¿Pero qué he de hacer, si en vano
 lucho con mi condicion?
 Piedad de mi orgullo insano;
 yo con vuestra inclinacion
 no me mostraré inhumano.
 Miseros ambos, hacer
 con la indulgencia podemos
 menor nuestro padecer.
 Ahora, aunque nos casemos,
 ¿me podreis aborrecer?

ISABEL. ¡Don Rodrigo! ¡Don Rodrigo! (Sollozando.)

RODR. ¿Llorais? ¿Es porque me muestro
 digno de ser vuestro amigo?
 ¿No sufrí del odio vuestro
 bastante el duro castigo?

ISABEL. ¡Oh! No, no; mi corazon
 palpar de odio no sabe.

RODR. Ni ya más resolucion
 tampoco en el mio cabe,
 mirando vuestra aficcion.
 ¡Qué lágrimas! ¡Ay! ¡Y cuántas
 habeis vertido por mí!
 Vedme, vedme á vuestras plantas.
 Vencísteis.—¿Y podré...? Sí,
 salid de zozobras tantas.
 Ya quedais en libertad
 de darme ó no vuestra mano;
 seguid vuestra voluntad.
 Libre sois.

ISABEL. ¡Dios soberano!

RODR. Tomad las cartas, tomad.

(Pónelas sobre la mesa, despues de haber notado la falta
 de una.)

Una falta; me olvidé...
 Tendréisla, que no la quiero.
 Callar juro por la fe
 de aragonés caballero...
 No, no; nada juraré.

Cuando derribo el altar
 que á mi esperanza erigí,
 terror quisiera inspirar,
 y de mis armas así
 no me debo despojar.
 Voy todo lo prevenido
 á detener, sin embargo.

ESCENA IV

DON PEDRO y DICHOS

PEDRO. Los padrinos han venido.
 RODR. Ya cesaron en su encargo;
 todo queda suspendido. (Váse.)

ESCENA V

DON PEDRO é ISABEL

PEDRO. (Con admiracion y enojo.) ¡Isabel!
 ISABEL. Querido padre, no me mireis con ira, no me condeneis antes de oirme.
 PEDRO. ¿Se aparta don Rodrigo de su empeño?
 ISABEL. Lo deja á mi resolucion.
 PEDRO. Eso es distinto. Con todo, no eres tú quien debiera decidir; fijar tu suerte es derecho mio. Como padre me toca mandarte... prefiero sin embargo aconsejarte como amigo. Ni aun te aconsejaré; te descubriré sólo secretos que estaba obligado á callar, pero que mi honor exige ahora que revele. Despues tú resolverás.
 ISABEL. ¡Oh padre de mi alma! (Bésale la mano.)
 PEDRO. Cuando un injusto fallo me iba á despojar cuatro años ha de mis bienes y á dejarnos sumidas en la miseria, ¿sabes quién fué el desconocido que obtuvo la revocacion de la sentencia? Don Rodrigo.
 ISABEL. ¡Don Rodrigo!

PEDRO. Cuando dos años ha, prisionero yo de los indignos satélites de don Sancho, iba á ser degollado de su orden, ¿sabes quién me libró, ya bajo el hacha del verdugo? Don Rodrigo.

ISABEL. ¡Don Rodrigo!

PEDRO. Cuando cinco años hace, agotados todos los recursos de la ciencia para volverte á la vida tu madre y yo, ahogados de pena, esperábamos de un momento á otro verte lanzar el último aliento, ¿sabes quién trajo desde Jaen aquel médico árabe que fingió pasar accidentalmente por aquí?

ISABEL. ¿Fué don Rodrigo?

PEDRO. A él entonces debiste la vida.

ISABEL. A él se la consagraré ahora. ¡Dios justo! A vos pongo por testigo de mi resistencia y de los combates que he sufrido. Por todas partes han asaltado mi corazon. Ya no puedo más... Llamadle.

PEDRO. Tú me haces feliz, hija mia. (Vásc.)

ISABEL. Estaba escrito en el cielo que este hombre habia de ser mi esposo. Séalo. No seré ingrata con él... seré pérfida con mi infeliz Marsilla. ¡Oh Marsilla! Si tú vieses... Desde el empireo donde me estás mirando, ¿serás capaz de culparme? Tú quizá me perdonarás... yo al tiempo que cedo á la ley de la suerte, no puedo perdonarme á mí misma.

(Abrese la puerta del fondo. Se ve la sala, y entran en ella muchas damas y caballeros, algunos de los cuales pasan al gabinete.)

ESCENA VI

DON RODRIGO, DON PEDRO, DON MARTIN, MARI-GOMEZ, DAMAS, CABALLEROS, PAJES é ISABEL

RODR. ¿Podré creer tanta dicha, Isabel? ¿Consentís voluntaria en darme la mano?

ISABEL. La habeis ganado. Tomadla. Vamos al templo.

- PEDRO. Aún no ha cumplido el plazo otorgado á don Diego. Al toque de vísperas de este dia salió el malogrado jóven de Teruel seis años hace; hasta que suene esa señal en mi oido, no soy dueño de disponer de mi hija. (A don Martin.) Sólo para haceros ver el exacto cumplimiento de mi promesa, me he atrevido á suplicaros que vengais á mi casa, mi infeliz amigo.
- MART. ¡Inútil escrupulosidad! No os detengais. No romperé mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.
- ISABEL. ¡Infeliz! (Aparte.)
- PEDRO. Fiel á lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaria viviendo.
- RODR. Isabel desea la compañía de su madre; pudiéramos pasar por casa del juez...
- MARI. Ahora empezaba el herido á volver en su conocimiento. Si antes del toque de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir á la ceremonia; esto me ha dicho.
- PEDRO. La esperaremos en el templo. (A don Martin.) Si la pesadumbre os permite acompañarnos, vereis...
- MART. Excusadme el presenciar un acto tan doloroso para mí...
- PEDRO. Estad seguro de que hasta que no oigais la campana, no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros os informarán de que he esperado hasta el cabal vencimiento del plazo.
- ISABEL. Dios de bondad, asistidme. (Aparte.)
- PEDRO. Vamos. (Vánse todos menos don Martin.)

ESCENA VII

DON MARTIN

- MART. Creí por un momento que Isabel debia ser más fiel á la memoria de su amante. ¡Vanidad! ¿Qué

falta hace al mísero cadáver de mi hijo la constancia de la que él amó? Si su sombra necesita lágrimas, ¿no le bastan las mias? ¡Hijo de mi dolor! Mi pobreza te robó tu dicha, te desterró de tu patria, te ha hecho morir en tierra ajena. Desde ayer á hoy mi frente anciana se ha vuelto decrepita. Pronto me reuniré á mi hijo.

ESCENA VIII

MARGARITA por la puerta del costado y DON MARTIN

- MARG. ¡Isabell ¡Don Pedro! (A don Martin.) ¿Vos aquí solo? ¿Han marchado ya? ¿Hace mucho tiempo?
- MART. Pocos instantes. Debíais haberlos visto.
- MARG. Vengo por el jardin.
- MART. Os van á esperar en la iglesia.
- MARG. No me esperarán sino hasta la hora prescrita. Va á sonar al punto. Don Martin... yo no puedo... La iglesia está un paso... Corred vos, estorbád el casamiento. Vuestro hijo vive.
- MART. ¡Vive! ¡Angeles del cielo! ¿Vive? ¿Es verdad? No me engañeis, por Dios.
- MARG. No hay duda, no puede tardar en llegar.
- MART. ¿A Teruel?
- MARG. Tal vez entra ya por sus puertas.
- MART. Yo no acierto á creer tanta dicha.
- MARG. La noticia de ayer fué falsa, fué obra del rencor y de la impostura. Sí; acabo de saberlo de Jaime Celada.
- MART. ¿El hijo del juez? ¿El que estaba cautivo?
- MARG. Estaba en Valencia. Vuestro hijo vuelve opulento. Ha salvado la vida al rey moro. Se hallaba doliente... envió á Jaime para anunciar su llegada, y el infeliz mensajero fué herido ayer una legua de aquí. Hasta hoy no se le ha conducido, hasta ahora no ha podido hablar...
- MART. Basta; no más.
- MARG. Deteneos, oid. No digais... por Dios, no digais

que yo os envió. Decid que habeis sabido la nueva en casa de Celada. Nada os importa esa ficcion, y á mí...

MART. Yo lo prometo; adios. ¡Mi hijo vive! (váse.)

ESCENA IX

MARGARITA

MARG. ¿Llegará á tiempo? Aún no suena la campana que ha de señalar el momento del consorcio. Tiempo será. Si está de Dios, que mi delito se publique. Vivo Marsilla, ¿cómo habia yo de permitir que mi Isabel...? Mi pobre Isabel, que se sacrificaba por mí... Jamás; no llega á tanto mi barbarie. Sépase todo. Y todo se sabrá. ¿Cómo no ha de vengarse don Rodrigo? Ya no tengo esposo, ni hija, ni nombre. Sí, el de adúltera. Dios mio, dadme fuerzas para soportar la ignominia. Sí, vos me las dareis. Yo he sentido vuestro auxilio; vos me habeis hecho romper el pomo de veneno hallado junto á Celada; humedecida en él la flecha de la mora, traspasada apenas la piel del triste jóven; ha estado un dia sin sentido... Si yo cedo un momento... No me abandoneis ahora. ¡Cuántos escarnios! ¡Cuántas maldiciones me aguardan! (Oyese muy de cerca el toque de vísperas.) ¡Cielos! Ya será tarde. Su padre no puede haber llegado. Salgamos de tan horrible duda. ¡Perdon, Dios mio! (váse.)

SEGUNDA PARTE

Bosque inmediato á Teruel

ESCENA PRIMERA

MARSILLA y ADEL atados á dos árboles; SEIS BANDIDOS, de los cuales unos observan á los dos presos, y otros registran sus maletas

MARS. (Marsilla escucha convulsivo el toque de vísperas que se oye á lo lejos.)

Ese fatal sonido viene á aumentar mi desesperacion. Si al ver que no llego... ¡Oh! No; todo lo habrá evitado Celada. Isabel me espera, y yo aquí entre tanto... Traidores, viles bandidos.

BAN. 1.º ¿Cómo traidores?

BAN. 2.º ¿Cómo bandidos?

BAN. 1.º Nosotros somos leales soldados del infante don Sancho.

BAN. 2.º Del legítimo rey de Aragon.

BAN. 1.º (A Adel.) ¿Dónde vienen esas joyas, perro?

MARS. ¡Ocúltaselas, Dios mio! (Aparte.)

ADEL. Yo no sé de joya alguna; no traigo más que un puñal y un seguro de mi rey.

BAN. 2.º A ver el puñal. ¡Mango de cobre! ¿No podías habérselo echado siquiera de plata?

ADEL. Lo merecia; no está esa hoja destinada á sangre ruin.

BAN. 1.º Tú serás el primer ruin que la estrene si no cantas claro.

ADEL. La litera y el equipaje vienen media jornada más atrás, tal vez allí...

BAN. 1.º Bellaco, la litera no trae las riquezas. Los diamantes vienen con vosotros. Nos ha informado quien lo sabe.

BAN. 3.º Aquí está, ya pareció. (Muestra una arquita de baqueta.)

- MARS. ¡Cielo vengador! (El primer bandido deja caer en el suelo el puñal de Adel, y acude á ver las joyas.)
- TODOS. A ver, á ver.
- BAN. 1.º (Abriéndola.) ¡Perlas...! ¡Brillantes!
- BAN. 2.º ¡Diamantes verdes!
- BAN. 3.º ¡Diamantes morados!
- BAN. 2.º ¡Cómo relucen los blancos!
- BAN. 1.º ¡Es un tesoro!
- TODOS. ¡Un tesoro! A marchar, á repartir.
- MARS. ¡Desventurados! Teneos, escuchad.
- BAN. 3.º ¿Traes otra cajita?
- BAN. 1.º Marchemos; el golpe está dado, nos hallamos á las puertas de Teruel, y hoy ha salido tropa á recorrer estas cercanías. El juez Domingo Celada está furioso por el lance de su hijo.
- MARS. Quitadme la vida si me quitais las riquezas. Mi vida son ellas. Vosotros no sabeis...
- BAN. 1.º ¡Qué! ¿Su valor? No hayas miedo que se malbaraten.
- MARS. ¿Hay entre vosotros alguna fe? ¿Sabeis lo que es la palabra de un caballero? Yo soy Marsilla.
- BAN. 1.º ¿Marsilla? Tú serviste á don Pedro contra el ejército de la iglesia. Aquí teneis un paladin de la tabla redonda, que nos ha quitado á los buenos católicos el quemar en Francia más de cien herejes.
- BAN. 2.º Tan hereje será él como ellos.
- MARS. Un dia, pocas horas que estuviesen en mi poder esas prendas, me harian feliz. Aun sin venir á mi poder... Si no sois tigres, si hay entre vosotros algo de humano... hacedme una gracia y os bendeciré... Angeles sereis para mí. ¡Si pudiérais penetrar la sinceridad con que os hablo...! Si uno de vosotros llega á Teruel, á casa de Segura; si le muestra esas joyas y le dice: «De Marsilla son», no necesito más, huya luego con ellas.
- LOS BAN. Ah, ah, ah, ah. (Riéndose.)
- BAN. 1.º ¡Buena ocurrencia! Para que le echasen el guante á mano salva.

- BAN. 2.º El hombre está loco.
- MARS. Por cuanto hay más sagrado...
- BAN. 2.º ¿Qué hay sagrado para un albigense con ribetes de moro?
- BAN. 1.º ¡Y que no tiene humos que digamos el mancebo! Como que en rigor debíamos...
- MARS. ¡Bárbaros! ¡Infames ladrones!
- BAN. 2.º Capitan, ¿le saco la lengua á este atrevido?
- MARS. Matadme; si no, ni uno siquiera de vosotros ha de salvar la vida. No sabeis aún quién es el que habeis sorprendido cobardemente... como cobardes que sois, como villanos. Juro á Dios vivo no descansar hasta que haya exterminado al último de vosotros. De estos mismos árboles han de pender vuestros cadáveres destrozados.
- BAN. 2.º A este pájaro es preciso torcerle el pescuezo.
- BAN. 1.º Al cabo es un defensor de los albigenses.
- BAN. 2.º Un excomulgado.
- BAN. 3.º Un aleve que nos queria alucinar para pescarnos.
- BAN. 2.º Muera. (Dirigese á Marsilla para atravesarle con la lanza, y al alzar el brazo le hiere una saeta.)
¡Me han herido! ¡Favor!
- AL BAN. ¡Un saetazo!
- OTROS. ¿Qué es esto? (Se oye un silbido.)
- BAN. 1.º ¡El aviso del centinela! Estamos descubiertos.
- TODOS. Huyamos. (Huyen, llevándose, ó más bien atropellando al herido, que va á caer fuera de la escena.)

ESCENA II

MARSILLA y ADEL

- MARS. ¿Quién nos protege? A nadie veo. Desesperacion, dame ahora tus fuerzas. ¡Qué han de resistir estos cordeles á manos que han roto hierros!
- ADEL. No te fatigues en esfuerzos inútiles; el nudo que me sujeta se va aflojando... pero tan lentamente, ¡voto al ángel Reduan!

- MARS. ¡Perder mis tesoros al tocar la dicha!
- ADEL. ¡Veo al que lleva la arquilla! Va detrás de todos.
- MARS. ¡Maldicion!
- ADEL. Le han disparado una saeta... el herido se apoya en un árbol. Un jóven sale á socorrerle. No, le arranca la arquita... el malvado cae... el jóven desaparece con ella. Ya no veo á nadie.
- MARS. Perdí hasta la última esperanza. ¡Y me han dejado la vida! ¡Ah! Tal vez en este mismo instante... Isabel... ¿Hay más tormentos?
- ZULIMA. (Dentro.) Te falta el de oirme.

ESCENA III

DICHOS y ZULIMA

- MARS. ¡Cielos! La voz de la desgracia es esta.
¿La conoces?
- ADEL. Conózcola de suerte...
cual conoce á su víctima la muerte.
(Sale Zulima con arco y aljaba.)
- MARS. ¡Aquí Zulimal!
- ZULIMA. Sí; ¿de qué te asombras?
¿No hay nada entre los dos que nos reuna?
Por el Amir á muerte condenada,
¿no fuiste tú mi salvador? ¿La puerta
de la terrible cárcel no me abriste,
y vida y oro y libertad me diste?
Vida y riqueza y libertad te vuelvo.
Nada más natural, nada más justo.
Libre estás.
(Corta con el puñal de Adel, que estaba en el suelo, los cordeles que sujetaban á Marsilla.)
- ADEL. Yo tambien. (Soltándose por sí propio.)
- MARS. (Cogiendo del suelo su espada.) Zulima... el tono
me aterra de tu voz... es del infierno,
y de un ángel tu accion. Mi pecho anhela

ya en el harem, que de mi amor ardiente
ó mi fiera venganza decidias?

¿Quisiste el odio? Sus efectos siente.

MARS. ¡Que es tarde!

ZULIMA. Para siempre á tu querida
perdiste.

MARS. ¡Para siempre!

ZULIMA. Vive ahora,
para verla de Azagra poseida.

(Váse Zulima por la izquierda del actor, y Adel la sigue con la vista por un momento. Zulima vuelve á aparecer subiendo el monte que ocupa el fondo del teatro, por una senda que hace un recodo hácia la derecha. Adel entonces se marcha por la izquierda para encontrarse con Zulima, la cual, cuando Adel ya se ha retirado; repara en don Martín, que llega con dos criados, y se queda oculta detrás de un peñasco en lo más alto del monte. Marsilla permanece solo algunos instantes en el silencio del abatimiento, apoyado en un árbol.)

ESCENA IV

DON MARTIN, DOS CRIADOS y MARSILLA

MART. ¡Él es! ¡Hijo querido!

MARS. ¡Padre! ¿Es tarde?

Yo quisiera dudar... ¿Mi mal es cierto?

MART. Respóndante las lágrimas que vierto.

Hijo del alma, á quien su hierro ardiente
la desgracia al nacer marcó en la frente,
tu triste padre que por verte vive,
con dolor en sus brazos te recibe.

¿Quién tu llegada ha retardado?

MARS. El cielo...

El infierno... No sé... Facinerosos...

Una mujer... Dejadme.

MART. ¿La sultana?

¿Esos bandidos que cobardes huyen
de los soldados que conmigo traje?

¿Te han herido?

MARS. ¡Ojalá!

MART. ¿Te han despojado?

MARS. Nada he perdido. La esperanza sólo.

MART. ¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido de la campana término ponía...

MARS. ¡La pérdida anunciar la muerte mía!

MART. ¿Lo sabes?

MARS. De ella.

MART. ¡Horror! Entonces era

cuando Celada, el habla recobrando, la traidora noticia desmentía.

Corro al temple anheloso; el bronce suena, y la sangre y el paso me detiene.

De la ansiedad ahogado y de la pena, llego al sagrado umbral. «Marsilla viene», exclamo... y de los piés del sacerdote miro alzarse á los dos. Caigo sin vida...

¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...

Pero aun te quedan padres, aun hermanos, almas que sientan tu abandono triste.

MARS. ¡Padres! ¡Hermanos! ¿Para que me quieren, ni que les deberé? Tesoros traigo...

Vedlo...

(Designa con el pié la arquita, que los criados recogen, como tambien los demás efectos esparcidos por el suelo.)

Luego vereis sedas, alfombras, caballos con jaeces, armaduras...

Allí viene el escudo destrozado que vió asombrada aparecer Castilla,

el Garona besar su aciaga orilla, Palestina de gloria coronado.

Riquezas con honor dióme la suerte.

Para vosotros son. ¿Qué hay en mi patria para mí? ¿Qué hallaré? Vacío, muerte.

No hay un amor, una Isabel, no hay nada.

¡Padres! ¡Hermanos! ¿Quién á mi adorada sustituye en mi pecho? Potestades del mal, á quienes Dios para juguete

me quiso dar, reid, ya conseguísteis
llevar hasta su fin mi desventura.
Solemnizad, espíritus dañados,
mi desesperacion. Tus calabozos
ábreme, infierno; á sepultarme en ellos
me impele mi furor, y me señala
de la venganza el criminal camino.
¿Dónde está la que pérfida insultaba
la miseria y horror de mi destino?

MART. Su castigo abandona al justo cielo;
la maldicion persígala de un padre
cuyo pecho llenó de desconsuelo.

MARS. ¿Del cielo os prometeis justo castigo?
¿De ese cielo, al delito favorable,
de las virtudes áspero enemigo?
Mas sí; vereis que á mi furor entrega
esa mujer fatal, porque su sangre
cubra de mengua y de baldon mi frente.
¿Y qué me importa el deshonor? Ardiente,
bárbara sed de sangre me devora.
Verterla á rios para hartarme quiero,
y cuando más que derramar no tenga,
la de mis venas soltará mi acero.

MART. Hijo, modera ese furor.

MARS. ¿Quién hijo
me llama ya? Con vínculo ninguno
ligado al hombre estoy; para vengarme
vivo no más. ¡Venganza! Llega ahora,
ven á gozarte en mi dolor, traïdora.
Si abre sus senos para guarecerte
la tierra, en ellos te daré la muerte.
Y tú la seguirás, rival felice.
Tú la has de preceder. ¿No eres la causa
primera de mi mal, de los que sienta
la que ya tuya llamarás? ¡Oh! Nunca
lo será, no, juro á los cielos. Antes
de salir de Teruel y de Valencia
sangre mis pasos señalar debia.
Fruto es mi perdicion de mi imprudencia.

Todo viene á avivar la rabia mia.
 Pero no de ese triunfo hareis alarde:
 para acabar con ambos aun no es tarde.

MART. ¡Desgraciado! ¿Qué intentas?

MARS. Con el crimen
 lazos romper de crimen. Una vida
 de Isabel me separa: que perezca.

MART. Hijo...

MARS. Perecerá.

MART. No...

MARS. Maldecido
 mi nombre sea si la sangre aleve
 de mi rival no vierto.

MART. Es poderoso.

MARS. Marsilla soy.

MART. Mil deudos le acompañan...

MARS. Mi rabia á mí.

MARU. Respeto te merezca
 un vínculo...

MARS. Es sacrílego, es injusto.

MART. En presencia de Dios formado ha sido.

MARS. Con mi presencia queda destruido. (Váse.)

MART. ¡Piadosos cielos! Á perderse corre,
 si pródigo mi amor no le socorre.
 (Váse don Martin y los criados.)

ESCENA V

ZULIMA y ADEL que lo sale al encuentro

ZULIMA. ¿Vas á librarte de un rival? Yo acudo
 su riesgo á prevenir, y si es preciso,
 de mí me olvidaré, siendo su escudo.

ADEL. Tus pasos atajar el cielo quiso.
 ¡Muere! (Hiérela y cae.)

ZULIMA. ¡Traidor! ¡Á mí!... Si vence... ¡Ay! Muero.
 (Espira.)

ADEL. Tu esposo y rey te condenó en Valencia,
 y á ejecutar me envia la sentencia.

ACTO QUINTO



Habitacion destinada á Isabel en casa de don Rodrigo. Una gran ventana sin reja en el fondo, que da vista á un jardin alumbrado por la luna. Luces en la escena.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA é ISABEL

ISABEL. No me digais nada; dejadme sosegar este momento en que se ha ausentado mi esposo. Porque ya es mi esposo; ¿no es verdad, madre? Sí, me han dicho en la iglesia no sé qué cosas, me han hecho pronunciar no sé qué palabras; y con esto, ya no soy mia; ya soy de otro, y yo debo ser otra tambien. ¿No es esto lo que queríais decirme? Ya veis que no es necesario; yo lo sé como vos.

MARG. No, no es eso lo que quiero decirte: quiero mostrarte mi arrepentimiento; quiero que conozcas lo que padece tu madre. ¿Cómo me atrevo á llamarme madre? Soy un verdugo que te ha sacrificado sin piedad. ¡Hija adorada! Créeme: un espíritu maligno me ha cegado. Él era el que me susurraba al oido en voz temerosa las palabras: «vergüenza, deshonor, castigo». Él me presentaba sin cesar á los ojos el espectáculo de la ira, del dolor de un esposo; él me restituye la razon para que vea toda la extension de tus males, ahora que es imposible su remedio.

- ISABEL. Y bien, si no tienen remedio, ¿á qué recordarlos? Decís que padeceis; lo creo, yo tambien padezco. Decís que me habeis sacrificado; os engañais, yo soy quien se sacrifica. Decís que os arrepentís; yo alguna vez tambien me arrepiento, pero por fortuna ya es tarde.
- MARG. ¡Ojalá pudiese aun aceptar todo el cúmulo de ignominia que me amenazaba, para dejarte libre en tu eleccion!
- ISABEL. Todos me han querido dejar libre, y todos me han presentado cadenas. Pero vos, madre... ¿qué más podiais hacer? Gracias, madre mia. Vos sí que os sacrificábais por mí. ¡Oh! No os aflijais; no atendais á mis palabras, porque nada expresan sino la confusion y el aturdimiento; desde esta mañana no sé qué es de mí. Cuando he venido á esta sala, era para buscar una persona, para saber una nueva: ya no sé á quién buscaba, ni qué queria saber. En tal estado, ¿qué puedo hacer sino delirar? Más vale que delire á solas; así no os atormentaré. ¡Ah! Yo creo que buscaba á don Rodrigo para pedirle que mañana me llevase á la Corte, á Castilla, muy lejos.
- MARG. Entró un paje á decirle que le buscaba un caballero: le estará hablando.
- ISABEL. ¡Ya me acuerdo! ¿Ha llegado, madre mia?
- MARG. ¿Quién?
- ISABEL. ¿Quién puede ser? ¿No le he nombrado? Marsilla.
- MARG. Sí, ya ha venido.
- ISABEL. Por esto queria yo huir de Teruel, por no verle. Esta es la noticia que yo esperaba. ¡Cuánto me alegraria de verle! ¿Pero verdad que no debo, madre mia?
- MARG. No, no le veas, no le oigas, no te oigas á ti misma.
- ISABEL. Sí; aquí siento (Indicando el corazon.) una voz que me dice: Él te ama, ámale; pero aquí (Señalando la frente.) me grita otra: él puede amarte; tú no

le debes amar. ¿Le habeis visto vos? ¿Cómo viene? ¡Mal desasido aun de los brazos de la muerte, hacer un viaje tan precipitado! ¿Si estará muy triste? Y aunque no lo estuviera... no le digais cuál me hallo yo.

MARG. Aun no le he visto, pero quiero verle; me importa consolarle, aconsejarle...

ISABEL. ¡Oh! Sí; vedle madre mia, vedle cuanto antes; hacedle que os cuente sus aventuras, y con eso... Pero no, vos no debeis contármelas á mí. Mirad, yo quisiera que le dijérais, no que amo á su rival, porque no lo creeria; no que le he olvidado á él, porque le costaria caro el creerlo; le podríais decir que mi pasion se ha debilitado... Esto es falso, pero no importa. Que he dado voluntariamente la mano á don Rodrigo; esto es verdad, bien lo sabeis. Que respete mi estado, que no procure verme, que no me siga...

MARG. Que se esfuerce á olvidarte.

ISABEL. No, yo no quiero que me olvide. ¿Por qué ha de olvidarme? ¿Le he de olvidar yo á él por ventura?

MARG. Sí, hija mia, sí le olvidarás. Dios, que tiene en la mano los corazones, premiará vuestra virtud con la tranquilidad del espíritu. Dios se rendirá á mis ruegos, y todas las angustias de vuestras almas las trasladará á mi pecho, á mí me servirán de justificacion, y vosotros gozareis aquella paz á que sois tan acreedores. No lo dudes, hija mia; no digas que lo dudas, si quieres que viva. Adios, Isabel; te dejo sola como deseas, pero con sentimiento; jamás me ha sido tu presencia tan necesaria. Delante de tí mis remordimientos enmudecen, porque tu virtud los refrena; lejos de tí nada hay que se oponga á su dominio. Hija mia, adios. (Váse.)

ESCENA II

ISABEL

ISABEL.

Sí, madre, confía;
veras cómo cesa
bien pronto en mi pecho
la brava tormenta;
no pueden sus olas
entrar en la huesa.
Por eso esta mano
mi vida respeta:
ningun moribundo
su fin acelera.
Pues si esta esperanza
faltase á mi pena,
si el hórrido cuadro
que pinta la idea
de mi suerte futura
creyese que encierra,
¿quién á mi despecho
límite pusiera?
¡Vivir con el hombre
que ser hoy me veda
la más venturosa
de toda la tierra!
¡Oh! No es tan escasa
en Dios la clemencia.
¿No es cierto, Dios mio,
que ya satisfecha
con tantos afanes
tu justicia queda?
¿Que, ya fenecido
el tiempo de prueba
que á mí y á Marsilla
prescrito nos fuera,
nos luce la aurora
de la recompensa?

Sí; desde ese trono
 donde tu grandeza
 sobre serafines
 las plantas asienta,
 benévolo miras
 las lágrimas nuestras,
 y á el ángel de muerte
 que rompa le ordenas
 el arca de barro
 que el alma encarcela.
 Tú el seno divino
 que amor sólo alberga
 piadoso nos abres;
 en él nos estrechas;
 coronas de triunfo
 nos ciñe tu diestra,
 y amarnos, amarnos
 por siempre nos dejas.
 Sí; yo lo conozco,
 mi hora se acerca;
 por desenlazarse
 mis miembros pelean.
 No puedo tenerme,
 se rinden mis fuerzas;
 ya nada distingo
 de cuanto me cerca.

(Recuéstase en un escaño, y permanece inmóvil algunos instantes.)

ESCENA III

MARSILLA, que entra por la ventana, é ISABEL

MARS. Desconozco el lugar. ¿Dónde me encuentro?
 ¿Podrá ser esta de Isabel la estancia?
 Nada hay en ella de Isabel. ¡Qué miro!
 Una mujer... que plácida descansa.
 No turbemos...

ISABEL. (Abriendo los ojos.) ¡Ay Dios! ¡Un hombre! ¡Cielos!

¿No es él? ¡Él es! Si vienen, si le hallaran...
¿Tendré valor de huir?

MARS. Mi pecho dice

que Isabel está aquí.

(Vuelve á mirar á Isabel, la conoce, y se acerca á ella con los brazos abiertos: Isabel se desvía.)

¡Prenda adorada!

ISABEL. ¡Marsilla!

MARS. ¡Dulce bien!

ISABEL. Detente. ¿Cómo

te atreves á poner aquí la planta?

Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?

MARS. Por Dios... que lo olvidé. ¿Pero no basta

para que vuele á su Isabel Marsilla

el deseo del goce de mirarla?

¡Oh qué hermosa á mis ojos te presentas!

Nunca te ví tan bella, tan galana,

y un pesar, sin embargo, indefinible

me inspiran esas joyas, esas galas.

Arrójalas, mi bien; toca modesta,

cándida flor en mi jardín criada,

vuelvan á ser tu angelical adorno;

mi amor se asusta de riqueza tanta.

ISABEL. Su razón adolece del delirio (A parte.)

que primero en la mía dominaba.

MARS. Ya mi susto cesó; veo en tu mano

la señal de tu fe. Tú me esperabas,

y deslumbrar mis ojos pretendiste.

Este anillo es la joya que me agrada.

(Tómale una mano para besársela.)

¡No es el mío! ¡Qué horror! Sierpe se vuelve,

y á devorarme viene las entrañas.

ISABEL. ¿No conoces qué indica este atavío

que no puedes mirar sin repugnancia?

Nuestra separación.

MARS. ¡Poder del cielo!

Sí. ¡Funesta verdad!

ISABEL. ¡Estoy casada!

MARS. ¿Cómo pudiste enajenar tu mano?

- ISABEL. ¡Don Diego!
- MARS. Pero, ¿cómo la negarás?
El temor... la violencia... sin saberlo
formó tu labio la fatal palabra.
¿No es verdad, Isabel?
- ISABEL. El cielo sabe,
y cómo él sabes tú, si yo te amaba.
Y con todo, Marsilla... ¿Lo creyeras?
Al altar he llegado voluntaria.
- MARS. ¿Es Isabel á quien escucho? ¿Sabes
que te acusas de pérfida, de falsa?
- ISABEL. ¡Yo pérfida! ¡Gran Dios!
- MARS. No, no lo creo.
No movió la cruel desconfianza
mi labio, fué el dolor, es la sorpresa...
Díme... díme tan sólo que me amas.
- ISABEL. Mi deber...
- MARS. Es amarme.
- ISABEL. Tengo esposo.
- MARS. Tus bodas á la ley y á Dios ultrajan.
Mia es tu mano, me la dió el cariño,
y de un usurpador vengo á cobrarla.
- ISABEL. ¿No miras dónde estás? Estas paredes
enemigas te son.
- MARS. No temas nada,
ni por mí, ni por tí; no estoy yo solo,
mi valor y mi acero me acompañan.
Isabel, si cediste á la violencia,
dílo; si con halagos engañada,
si fuiste por el brillo seducida
de las riquezas, dímelo; sé franca,
yo indulgente seré. Si ya en tu pecho
la fe que un dia me tuviste falta,
decláralo tambien; amor ú olvido
de tí reclamo. De mi vida fallas
ó de mi muerte: dí, que muerte ó vida,
como venga de tí, me será grata.
- ISABEL. ¿Qué podré yo decir? Dios lo ha querido.
El término espiró; fuéme anunciada

- y un sacrificio enorme te demanda;
sacrificio de vida para alguno,
de muerte para tí, que la anhelaras...
¿dí, no te hubieras como yo casado?
- MARS. Jamás; nada respeta quien bien ama.
Todo el amante fiel lo sacrifica
en el altar del númen que idolatra.
¿Piensas que en esta ausencia no ha sufrido
mi fino corazón recias batallas?
¿No viste á esa mujer que de mi muerte
te dió la nueva, por desdichá falsa?
Esa mujer me amó; yo el sacro nudo
que la unia al rey árabe ignoraba;
ella mi ley y la fortuna mia
se prestaba á seguir; ya desdeñada,
con hórrido suplicio rencorosa
me amenazó; ni halago, ni amenazas,
ni el grito que en mi cuerpo falleciente
naturaleza con espanto alzaba,
que vacilase conseguir pudieron
el teson varonil de mi constancia.
Tuyo viviendo, tuyo en el sepulcro
me quise conservar. En vano tratas
de asemejarme á tí; veo con pena,
¡pena cruel que me destroza el alma!
que creyendo tu pecho igual al mio,
mi cariño leal se equivocaba.
- ISABEL. Pues bien, Marsilla... ¿para qué negarlo?
Preciso es confesar que soy culpada.
Nada á tus ojos excusarme puede.
Todo me acusa y en mi daño clama.
Perdon, Marsilla; si capaz he sido
de faltar á la fe que te jurara,
tú que nunca cesaste de quererme,
tú me perdonarás. Arrodillada,
deshecha en llanto, tu Isabel te pide
perdon, piedad. Merézcate esta gracia...
porque la miras por la vez postrera.
Lleve yo á la presencia soberana

del Sumo Juez, que al tribunal eterno
ya con tremenda voz llegar me manda,
este favor de tí. Sin perdonarme,
por Dios, Marsilla, que de aquí no salgas.
MARS. ¡Tú á mis piés! Tú culpable te confiesas,
¡Isabell! ¿Mas qué importa? Tú me engañas.
Lo que tu accion, lo que tu labio dice
lo desmiente ese llanto que derramas.
No es ese llanto de arrepentimiento,
no, que es de amor, de amor puro, sin tacha,
fiel como el mio, sí. Luz de mis ojos,
cesa ya de llorar, cesa, levanta.
Dáme la vida en una voz.

ISABEL. ¿Prometes
una órden mia obedecer?

MARS. ¡Ingrata!
¿Cuándo me rebelé contra tu gusto?
¿Mi voluntad no es tuya? Dispon, habla.

ISABEL. Júralo.

MARS. Sí.

ISABEL. Pues bien; yo te amo. Vete.

MARS. ¡Cruel! ¿Temiste que ventura tanta
me matase á tus piés, si su dulzura
con la hiel del dolor no iba mezclada?
¿Cómo esas dos ideas enemigas
de amor y de destierro hiciste hermanas?

ISABEL. Ya lo ves, no soy mia, soy de un hombre
que me hace de su honor depositaria.
Deslindar sus derechos es en vano;
yo debo serle fiel, Dios me lo manda.
Marsilla, virtuosos hemos sido
hasta aquí; la pasion que nos inflama
es una virtud más; ¿por qué pretendes
en la última prueba profanarla?
Si añadir que te adoro es necesario,
que en mi pecho tu imágen estampada
siempre conservaré, yo lo repito,
yo lo juro; mas huye sin tardanza.
Libértame de tí; sé generoso,

libértame de mí.

MARS.

No sigas, basta.

¿Tú la ausencia me intimas? Es la muerte.

¿Cómo puedo vivir sin esperanza?

Yo proteger tu vida pretendia,
pero tus padres suplirán mi falta.

No temas, no, que de mi fin te acuse.

Contento muero porque tú lo mandas.

Permite en recompensa que te estrechen
mis brazos una vez, y que su estampa
deje én tu frente cándida mi labio.

ISABEL.

No es posible, Marsilla; soy casada.

MARS.

Es mi postrera súplica.

ISABEL.

¿No tienes

piedad de una mujer enamorada?

MARS.

¡Oh! Ténla tú de mí. Será el abrazo
de un hermano dulcísimo á su hermana,
cual mi fe tierno, cual tu frente puro.

ISABEL.

No te acerques.

MARS.

En vano me rechazas.

ISABEL.

¡Dios eterno! ¡Salvadme! Deteneos,
Marsilla, ó grito á don Rodrigo...

MARS.

Llama,

llámale, fementida, mas no creas
que tu voz oiga y á tu grito salga.
No lisonjeros plácemes oyendo,
su vanidad en el estrado sacia,
no; lejos de los muros de la villa
muerde la tierra que su sangre baña.

ISABEL.

¡Qué horror! ¿Le has muerto?

MARS.

¡Pérfida! ¿Te afliges?

Si lo sospecho, ¿quién le libra? ¡Oh rabia!

ISABEL.

¿Vive?

MARS.

Merced á mi clemencia loca,
vive; apenas cruzamos las espadas,
ya en su costado se clavó la mia;
un momento después postrado estaba
su orgullo en tierra, en mi poder su acero.
¡Oh maldita destreza de las armas!

¡Maldito el hombre que virtudes siembra
para coger cosecha de desgracias!
No más humanidad, crímenes quiero.
A ser crüel tu crüeldad me arrastra,
y en tí la he de emplear. Al punto, ahora
vas á salir conmigo de esta casa.

ISABEL. No, no... ¡Dios mio! ¡Quítame la vida!

MARS. Me seguirás.

ISABEL. ¡Desventurado...!

MARS. Calla.

Ya nada escucho.

ISABEL. ¿Has de atreverte...?

MARS. Á todo.

Sí, ya es preciso. ¿Sabes que se trata
de tu vida, infeliz? ¿Sabes qué dijo
el cobarde que lloras desolada
al caer en la lid? «Tuyo es el triunfo,
pero medios me quedan de venganza.»

ISABEL. ¿Qué dijo? ¿Qué? (Aterrada.)

MARS. «Me vengaré en don Pedro,
en Margarita, en Isabel; un arma
á los tres herirá.»

ISABEL. ¡Santos del cielo!

Corramos, estorbemos...—¿Dónde se halla?
Dílo.

MARS. Esposa leal, deja el cuidado:
ya á tu padre dispuse que avisaran,
y á su lado estará.

ISABEL. (En la mayor desesperacion.) ¡Tú me has perdido!
La desventura sigue tus pisadas.

MARS. Va con tu padre el juez; nada receles.

ISABEL. ¡Para esto dí mi mano!

MARS. ¡Desdichada!...

ISABEL. ¿Qué es lo que hiciste?

MARS. Tu traicion revelas.

¡Impostoral—¡Y decia que me amaba!

ISABEL. ¡Hombre de maldicion! ¡Ojalá nunca
de Teruel las almenas avistaras!
¡Cruel! ¿Amor á reclamar te atreves

de una mujer por tí desesperada?
Ya te aborrezco.

MARS. ¡Oh Dios! ¡Ella lo dice!
(Cae en un escaño como herido de un rayo.)
No puedo más.

ISABEL. ¡Qué miro! Se desmaya.
Perdóname un momento de despecho...

MARS. Isabel me aborrece... ¡Me engañaba!
Aquí siento... ¡Qué angustia! Yo la adoro... y
ella me aborrecia... ella me mata. (Muere.)

ISABEL. ¡Madre mia! ¡Favor! Marsilla... Cielos,
parado el corazon, la frente helada...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, MARGARITA; despues DON PEDRO, seguido de algunos
CABALLEROS, DAMAS y CRIADOS

MARG. ¡Qué es esto! ¿Por qué gritas, hija mia?

ISABEL. Socorredle, salvádmele.

MARG. ¡Qué ve!
¿Se halla herido tambien? Cuando disipa
por fin Azagra mi inquietud, encuentro...
(Salen don Pedro, damas, caballeros y criados.)

PEDRO. ¡Marsilla!

ISABEL. (A su padre.)

Sí, no me culpeis. (A su madre.) Su vida...

MARG. (Despues de haber tentado las manos de Marsilla.)

¡Huye de aquí, infeliz!

ISABEL. ¿Conque ya es muerto?

TODOS. ¡Muerto!

ISABEL. Yo le maté: quise alejarle...
que le odiaba le dije... el sentimiento,
el espanto... ¡Y mentí!

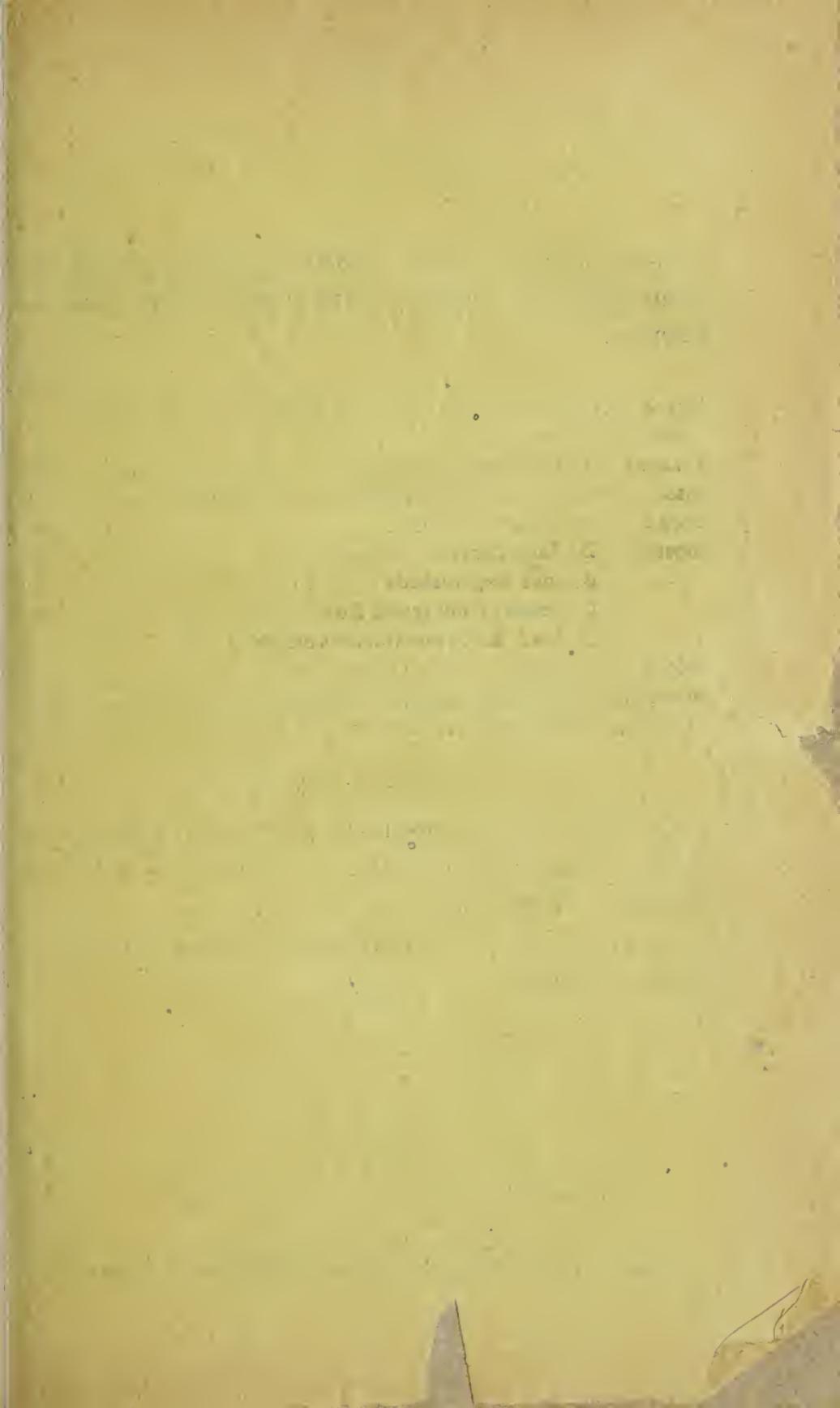
PEDRO. Ven, hija mia.

ISABEL. Pero tambien de mí se apiada el cielo.
Ya de la eternidad me abre la puerta,
y de mis ojos huye el mundo entero,

y una tumba diviso solamente
con un cadáver, y á su lado un hueco.
¡Marsilla...! Yo te amé, siempre te amaba...
Tú me lloraste ajena, tuya muero.
(Arrójase sobre el cuerpo de don Diego, y espira, quedando
de rodillas abrazada con él.)

FIN





Esta Galería, fundada en 1830, comprende más de 700 producciones nacionales y extranjeras, y las obras siguientes:

	<u>Reales.</u>
Fíguro (D. Mariano J. de Larra): 4 tomos en 8.º con su retrato y biografía.....	80
Alvarez. —Derecho real: 2 tomos.....	30
Rossi. —Derecho penal: tercera edicion en un tomo.....	36
Arago. —Astronomía: 1 tomo.....	10
Poesías de D. José Zorrilla: 2 tomos	40
— de D. José Espronceda: 1 tomo.....	12
— de D. Tomás Rodríguez Rubí: 1 tomo.	8
— de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: 1 tomo.....	16
Arte de declamacion: por D. Cárlos Latorre... ..	2
Memorias del príncipe de la Paz: 6 tomos.....	60
Y otras que figuran en los Catálogos	

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, en las librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martín, D. Fernando Fe y D. Hermenegildo Valeriano.

En Provincias, en las principales librerías, donde se facilitan Catálogos.